

FRONTERA

LOUIS G. MILK



LOUIS G. MILK

FRONTERA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
Barcelona **Buenos**
Aires

Depósito Legal: B. 38.759 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO I

Estaba sentado junto a la ventana, con el rifle sobre las piernas atisbando a través de un ligero hueco que quedaba entre las cortinas casi cerradas. El bastidor de la ventana había sido alzado y las luces de la estancia se hallaban apagadas.

La iluminación en la calle no era excesiva. Había que tener buena vista para captar bien los detalles. Kerry Bonder tenía muy buena vista, una vista excepcional, podría decirse.

El rifle parecía enorme, debido al singular grosor de su cañón. Encima de la recámara tenía un visor telescópico, el cual, en la parte más cercana al ojo del tirador, parecía una pequeña pantalla de televisión, salvo por el hecho de tener una cruz filar de puntería.

En la mano izquierda, Bonder tenía un par de pequeños pero potentes prismáticos, con los cuales escrutaba la calle casi continuamente. A tales horas, los transeúntes en Port Heenan, capital del asteroide Sylvanus eran poco menos que nulos.

Bonder se hubiera echado a dormir, pero tenía una obligación que cumplir. El rifle era buena prueba de ello.

De pronto, sintió que se abría la puerta del cuarto. Revolviéndose velozmente, encañonó al recién llegado con el arma, empuñándola fácilmente con una sola mano.

—No encienda la luz —dijo en tono incisivo. Y añadió—: ¿Qué busca aquí a estas horas? ¿No sabe que he dado orden de que no se me moleste?

—No soy la camarera del hotel —sonó una voz femenina—. Y deje ya de apuntarme con ese trabuco, señor Bonder.

Kerry parpadeó asombrado.

—¿Cómo...? ¿Quién es usted, señora?

Ella caminó a través de la estancia y se situó a dos pasos de la ventana. A través de la rendija de las cortinas entraba un poco de luz de la calle y Bonder pudo apreciar la elevada estatura de la recién llegada.

Era una mujer joven y parecía muy hermosa. De lo que no cabía duda era que estaba muy bien formada.

Vestía una blusa amplia, de mangas holgadas que pendían ondeantes de las muñecas, pantalón ajustado como una segunda piel a sus caderas y piernas, y botas altas, con la parte superior doblada y caída flojamente sobre la caña de piel blanda y cara. Los tacones de las botas tenían cinco o seis centímetros de altura, lo cual hacía parecer a la joven de mayor estatura de la que en realidad tenía.

En torno a su esbelta cintura llevaba un ancho cinto negro del que, en el lado izquierdo, pendía una especie de bolso o escarcela del mismo color.

Llevaba en la cabeza un pequeño casquete de fieltro, adornado con una larga pluma de ave. Para las mujeres del siglo xxiv aquella indumentaria, que parecía arrancada de la ilustración de un libro de historia medieval, era el último grito de la moda.

—Me llamo Gardenia Fowliss —dijo ella. Y agregó—: ¿Qué ha pasado para que el renombrado capitán Bonder se haya convertido en un asesino a sueldo?

Bonder no se inmutó. Volvió la vista hacia la calle y dijo:

—Todo lo contrario, señora Fowliss. Precisamente estoy aquí para evitar un crimen.

—¿Guardaespaldas?

—Sí.

—¿De quién?

—De un tipo con tantos enemigos como monedas de mil «garants» tiene depositadas en el banco. Pero eso ¿qué puede importarle...?

—Tiene razón, capitán —contestó Gardenia—. En estos momentos, no me importa nada, excepto contratar sus servicios para que me lleve al otro lado de la Frontera.

Bonder se puso rígido.

—Está loca, señora —dijo con seca franqueza.

—Señorita —corrigió ella—. Y no estoy menos loca que usted, cuando la atravesó hará cosa de cinco años. Viaje de ida y de vuelta, que es lo verdaderamente meritorio.

—Pero un viaje que sólo se debe hacer una sola vez en la vida, señorita Fowliss. Hablando con sinceridad; no quisiera repetir la experiencia por nada del mundo.

—¿Ni por veinte mil monedas de a cien «garants»?

Bonder hizo un signo negativo con la cabeza.

—Ni siquiera por una cantidad cinco veces mayor —contestó.

—Quizá pudiera ofrecérsela...

—¡Silencio! —cortó él imperativamente.

Apartó las cortinas un poco más y elevó el rifle, apoyando la culata en el hombro. Atraída por la curiosidad, Gardenia se puso detrás del hombre.

—No veo a nadie —musitó.

—Fíjese en el tipo que está en la esquina —dijo él.

—Sí, ahora sí lo veo... Pero no lleva un arma. Sólo un pequeño maletín, que más parece una caja de cigarros habanos...

—Es una cámara conectada a un fusil interplanetario —explicó el hombre—. Ese tipo apuntará a la víctima desde aquí y otro cómplice, situado a cientos de millones de kilómetros, apretará el gatillo de su rifle.

Gardenia se quedó absorta.

—¿Es eso posible? —preguntó.

—Ya lo creo —contestó Bonder con amargo humorismo—. Es la forma mejor de eliminar a una persona sin verse después sujeto a las engorrosas complicaciones de una acusación de asesinato. Oficialmente, el tipo de la cámara estará tomando solamente unas vistas de la calle. Si la víctima cae en esos momentos herida por una bala que ha viajado a través de cientos de millones de kilómetros, la culpa no es suya, porque no ha disparado ningún arma.

—¿Y el del rifle?

—Oh, estará haciendo prácticas de tiro al blanco en cualquier Sociedad de Tiro de la Tierra. Y vaya usted a saber en qué lugar se encuentra ahora ni que clase de rifle va a emplear, salvo que le ha adaptado el dispositivo de disparo interplanetario. Él y su cómplice se han puesto de acuerdo para actuar a una hora determinada...

—Oiga —dijo Gardenia—, ésa es una operación que debe de costar carísima.

—Más ha costado conocer los detalles del atentado —respondió Bonder tranquilamente—. Pero el sujeto que va a ser eliminado es como usted: el dinero no importa si...

Bonder calló de pronto. Gardenia se dio cuenta de que el momento culminante de la acción estaba acercándose.

La mano izquierda de Bonder hizo girar una ruedecilla situada un poco más adelante de la recámara. Mirando por encima del hombre, Gardenia vio al asesino que levantaba la caja, enfocándola hacia determinado punto como si fuese una cámara de filmar películas.

Bonder apretó el gatillo.

Una bola de fulgor deslumbrante, de unos tres centímetros de diámetro, partió con enorme celeridad de la boca del arma, dejando tras sí una estela de luz blanquísima. Gardenia se quedó estupefacta al darse cuenta de que podía ver el proyectil perfectamente.

¿Qué clase de proyectiles empleaba aquel rifle?

La bola de fuego blanco alcanzó su objetivo y se deshizo junto a la cámara en completo silencio. El asesino pegó un respingo y lanzó la cámara a lo alto. Al caer al suelo, el artefacto se deshizo en varios trozos.

Luego, aterrado, el hombre dio media vuelta y echó a correr. Bonder bajó el rifle y terminó de cerrar las cortinillas.

Se puso en pie, acercándose a una mesa en la que había una caja negra con todo el aspecto de un intercomunicador. Presionó el botón de contacto y dijo:

—Señor Quesada...

—¿Bonder?

—El mismo, señor. Está usted libre de la amenaza.

—He visto algo, en efecto. ¿Dio resultado?

—Por completo. A estas horas, en la Tierra, están atendiendo a un hombre al que, durante sus ejercicios de tiro, le ha explotado el fusil. Luego irá a parar al hospital...

—Y de allí a la cárcel por una larga temporada —dijo el llamado Quesada con voz llena de dureza—. Está bien, Bonder, pase mañana por mi hotel para percibir el resto de la suma acordada.

—Sí, señor Quesada.

—Buenas noches, Bonder.

—Buenas noches, señor.

Bonder giró sobre sus talones y encendió la luz del cuarto. Luego dio la vuelta y se enfrentó con Gardenia Fowliss.

Entonces pudo apreciar que el pelo de la joven era negro como ala de cuervo y que estaba peinado hacia atrás, muy tirante, partido en dos bandas, que cubrían casi por completo las orejas, reuniéndose luego en un amplio moño. Los ojos eran grandes, rasgados, con pupilas que parecían aguamarinas.

—¿Hablamos de un viaje al otro lado de la Frontera, capitán? —dijo la joven.

Bonder sacó cigarrillos y le ofreció uno. Gardenia lo rechazó con un ligero movimiento de su cabeza.

—¿Por qué quiere ir allí? —preguntó.

Gardenia apretó los labios.

—Déjelo de mi cuenta, capitán —dijo. Metió la mano en la escarcela y sacó una moneda de cincuenta mil «garants»—. Cien de éstas para usted, más gastos libres, incluidos sueldos de la tripulación, si acepta —ofreció.

Bonder contempló la moneda durante algunos segundos. Era un hermoso disco, casi como la palma de la mano y de un centímetro de grosor, constituido casi exclusivamente por un diamante de singular pureza, rodeado por un arillo de platino que constituía el canto. En una de sus caras tenía la cifra cincuenta grabada por un artista. En la otra se veía el águila tricéfala, insignia del Banco Galáctico.

—Una buena recompensa —sonrió Bonder—. Pero ¿para qué quiero yo cinco millones de «garants» si luego no voy a poder disfrutarlos?

—Capitán, usted estuvo más allá de la Frontera y volvió, puesto que ahora le tengo delante de mí —dijo Gardenia, impasible—. ¿Va a decirme que no es capaz de repetir su hazaña?

* * *

Una de las tabernas más frecuentadas de Sylvanus era la denominada «El Canario Loco». Tenía fama por la bondad de sus vinos y por el mal genio de su propietario, y era raro ir a cualquier hora y encontrarla vacía.

Bonder empujó el mostrador. Un poco más allá, divisó a un sujeto menudo, delgado, de cráneo piriforme y nariz ganchuda, que bebía apaciblemente un gran vaso lleno de rojo vino marciano.

Bonder se acercó al sujeto. Una *barmaid* pechugona se inclinó hacia él desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué te pongo de beber, buen mozo? —preguntó.

—Un vaso de lo mismo que está bebiendo mi amigo Alec —contestó Bonder—. Y a él ponle otro para cuando acabe el que tiene en la mano.

El hombrecillo se volvió hacia Bonder. Parpadeó.

—Como no creo en fantasmas, este tipo que tengo delante es nada más y nada menos que Kerry Bonder ¿Me equivoco?

— Acertaste, Alec —sonrió el aludido—. ¿Cómo marchan tus asuntos?

—Mal —respondió Alec Dubei sin rodeos—. En este momento, acabas de resolver el problema que tenía planteado acerca de cómo iba a pagarme el siguiente vaso de vino.

La *barmaid* llegó y trajo dos vasos llenos de líquido rojo. Bonder tomó el suyo, lo levantó un instante y miró su contenido al trasluz.

—Alec, muchacho, ¿qué dirías tú de un sueldo mensual de cinco mil, más gastos y una prima de cien mil al terminar el viaje?

Alec Dubei sintió de pronto la necesidad de beber un largo trago de vino. Cuando se hubo recobrado un poco, dijo:

—Capitán, por una oferta así, yo me convertiría en asesino de dulces ancianitas —dijo—. ¿Qué es preciso hacer para ganar una suma de semejante calibre?

—Viajar hasta más allá de la Frontera —dijo en aquel momento un extraño a la pareja, interviniendo de manera súbita y sin que ninguno de los dos amigos se hubiese percatado de su presencia hasta que oyeron su voz.

CAPÍTULO II

Bonder permaneció como estaba, sin volverse, con el vaso de vino en las manos. Sonriendo ligeramente, dijo:

—Apostaría una moneda de mil «garants» a que esa voz que he oído sonar pertenece a un tipo llamado Hugo Sorensen y conocido por el mal nombre de «El Buitre».

—Acertó, capitán Bonder. ¡Premio!

—Y apostaría también a que al lado de ese «Buitre», hay un águila de nombre Jimmy Bettare, sin apodo, por fortuna para él.

—Continúan sus aciertos, Kerry —dijo Sorensen—. ¿Me equivoco al suponer que la oferta que acaba de realizar a un magnífico navegante, sin trabajo en estos momentos, está relacionada con un próximo viaje al otro lado de la Frontera?

Bonder se volvió lentamente. Los dos individuos mencionados estaban delante de ellos dos.

Sorensen era enorme, alto de dos metros diez centímetros y de unos ciento veinte kilos de peso. Tenía la cara surcada de cicatrices y los dedos de su mano izquierda terminaban en cinco afiladas garras ganchudas, de más de seis centímetros de longitud, capaces de desventrar a un individuo con un golpe bien asestado.

En cuanto a su acompañante, sin ser débil, ni mucho menos, era más bajo y menos pesado. La principal característica de Jimmy Bettare era el parche negro que le tapaba el ojo derecho.

—Estás muy bien informado de mis asuntos, «Buitre» —dijo Bonder al cabo de unos segundos.

—¡Oh!, es que hay asuntos que siempre llaman mi atención. Los movimientos del capitán Bonder, en según qué circunstancias, son uno de esos asuntos —respondió Sorensen, frotándose las garras displicentemente contra el terciopelo de la blusa escarlata que vestía.

—En cambio a mí lo que tú hagas o dejes de hacer me tiene sin cuidado —murmuró Bonder—. Lárgate y déjanos beber en paz, «Buitre».

—No tan de prisa, capitán. Quiero establecer un pacto con usted —pidió Sorensen.

Bonder meneó la cabeza.

—Contigo yo no me pondría de acuerdo ni para repartirme una centésima de «garant».

—¿Tan poco se fía de mí?

—Una serpiente de cascabel es mucho más segura que tú, «Buitre».

—Me está insultando, capitán —murmuró Sorensen en tono amenazador.

—Estoy diciendo la verdad, pero si te lo tomas así...

—Escuche, capitán —insistió «El Buitre»—. Yo sé que va a armar una expedición para ir más allá de la Frontera. Allí hay grandes fortunas. Yo no le pido más, sino que me deje seguir su órbita; a cambio de eso, le garantizo un veinte por ciento de todo que...

—¡Largo, «Buitre»! —dijo Bonder irritadamente—. ¡Ya he oído bastantes necedades!

Los ojos de Sorensen se achicaron repentinamente.

—Lo quiere todo para usted: la chica y la fortuna, ¿eh? —rezongó.

Bonder le volvió la espalda. La mano de Sorensen se apoyó con cierta violencia en su hombro.

—Le he hecho una observación —gritó—. ¡Conteste!

Bonder giró velozmente sobre sí mismo. Mientras lo hacía, sus dos manos, juntas, con los dedos entrelazados, se elevaron y golpearon la mandíbula del gigante, haciéndole vacilar.

Sorensen emitió un rugido de rabia. Alzó la mano izquierda y tiró con las garras un feroz viaje a la mejilla derecha de su antagonista.

Bonder intuyó el golpe y retrocedió. Su espalda chocó contra el mostrador.

—Dale tú también, Jimmy —pidió Sorensen roncamente.

El tuerto se lanzó hacia adelante. Dio dos pasos y se encontró con algo inesperado.

Dubei le arrojó a los ojos el contenido de su vaso de vino. Cegado, Bettare emitió un rugido de ira. Tranquilamente, Dubei agarró una silla y se la estrelló en la cabeza.

Bettare se desplomó en el acto. En el mismo instante, Sorensen cargaba contra su adversario.

Bonder apoyó ambos codos en el mostrador, hizo fuerza y levantó los pies, estrellándolos contra la boca y narices del gigante.

«El Buitre» cayó de rodillas, sangrando profusamente. Aquel golpe hubiera derribado a un buey, pero él era terriblemente fuerte. Sin embargo, Bonder no era un alfeñique y la doble patada había causado sus efectos en la fortaleza de su adversario. Fue suficiente para hacerle comprender que no podía insistir en la lucha, so pena de recibir un daño todavía mayor.

Corina, la voluminosa dueña de la taberna, se acercó al lugar de la pelea, que había causado las delicias de la concurrencia, y apostrofó al vencedor:

—Kerry, no quiero escándalos en mi casa —dijo en tono agrio—. Ya sé que no tienes la culpa, pero hazme el favor de largarte. ¿Estamos?

Bonder miró a la mujer y sonrió.

—Ya nos íbamos, Corina —respondió. Lanzó una moneda sobre el mostrador—. Invita a «El Buitre» y a su amigo para cuando se les pase el

mal rato y cóbrate los desperfectos. ¿Vamos, Alec?

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida, sin ser ya molestados. Apenas estuvieron en la calle, Bonder dijo:

—Estoy esperando tu respuesta, Alec.

—El sueldo es bueno, pero ¿qué clase de nave llevaremos?

—Una «Sys 30», último modelo, Alec.

Dubei silbó.

—Hay muy pocas orbitando todavía por la Galaxia —dijo.

—Sí.

—Eso indica que la persona que le ha contratado tiene dinero en abundancia.

Bonder sacó la moneda de cincuenta mil «garants» y se la enseñó a su amigo.

—¿Cuántas has visto de éstas en tu vida, Alec?

Dubei hizo una mueca.

—Creo que es la segunda... no, la tercera; bien, lo mismo da, qué diablos. Oiga, cuando un tipo lleva encima monedas de ese calibre, es que el dinero le sale por las orejas.

—Algo por el estilo y no es un hombre, sino una mujer. ¿Aceptas mi proposición, Alec?

Dubei miró a su amigo y sonrió.

—Usted fue al otro lado de la Frontera y volvió —dijo—. ¿Por qué no va a volver por segunda vez?

* * *

Kerry Bonder llamó a la puerta y esperó. Al cabo de unos segundos oyó una voz femenina:

—¡Pase!

Bonder hizo girar el pomo, cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. La voz de Gardenia Fowliss sonó en una habitación contigua:

—Un momento, capitán; saldré en seguida.

Bonder encendió un cigarrillo para entretener la espera. Cinco minutos más tarde, apareció Gardenia.

La joven vestía ahora una larga bata blanca, de flotantes gasas, que le llegaba hasta los pies. Tenía el pelo suelto y Bonder quedó admirado al ver que alcanzaba hasta la cintura.

—¿Capitán?

Bonder aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—Estoy terminando de reclutar la tripulación —manifestó—. Dispongo ya de un navegante, dos radaristas, un ingeniero de vuelo, un electricista y el sobrecargo. Me faltan dos pilotos, otro ingeniero y el operador de radio.

—¿Necesita dinero para pagar primas de reclutamiento? —preguntó ella.

—No, gracias; simplemente, vine a darle cuenta del resultado de mis gestiones.

—Que no se han desarrollado con satisfactoria rapidez. Hace tres días que establecimos el contrato y aún no tiene dispuesta la tripulación —manifestó Gardenia impacientemente.

—En Sylvanus no se encuentran tripulantes tan fácilmente como usted cree —contestó él sin inmutarse—. Y menos, cuando se les habla de ir al otro lado de la Frontera.

Ella hizo un gesto de desdén.

—Yo creía que bastaría la mención de su nombre para tener a su disposición más hombres de los que pudiera necesitar —dijo.

—La Frontera asusta a muchos, señorita Fowliss.

—Pero usted fue, la franqueó y volvió. ¿No es suficiente garantía?

—La fama del capitán de nada sirve si las posibilidades de regreso son mínimas. He hablado con más de uno que estaba sin blanca y se ha negado rotundamente a ir, apenas le he citado nuestro punto de destino.

Gardenia se mordió los labios.

—¿Y no podemos zarpar con los tripulantes ya contratados? —preguntó.

—Imposible. Ya llevaremos un mínimo de tripulación y no puedo arriesgarme a viajar con menos gente.

—Cuando fue la otra vez...

—La vez anterior no fui ni a gusto ni voluntariamente —atajó él vivamente—. Ahora es muy distinto.

—Pero va —sonrió ella—. La recompensa le ha tentado.

—Existen otros motivos, señorita Fowliss.

—¿Cuáles son?

—Permítame que me los reserve —contestó Bonder—. Además todavía no me ha aclarado qué espera encontrar al otro lado de la Frontera. Me gustaría saber por qué voy a ir allí, además de por mis motivos privados.

Gardenia dejó de sonreír un instante.

—¿Ha oído hablar del arqueólogo Fowliss? Es mi padre —contestó.

—Y está... por aquellos mundos de Dios.

—Sí. Leyó el relato de su viaje, vio las fotografías que trajo usted y organizó una expedición. Hace tres años que partió y aún no ha vuelto. Quiero encontrarle, eso es todo, capitán.

—¿Todo?

La joven se irguió bruscamente.

—¿Qué es lo que quiere decir? —exclamó.

—Hace años —respondió Bonder lentamente— un tal Herbert Fowliss,

subdirector general de la Oficina Central de Información Galáctica, quiso confiarme una misión secreta. Le envié al cuerno. Es un sujeto rencoroso, con memoria de elefante. No olvidó mi repulsa. Por eso me quedé sin patente de capitán de astronave. En cuanto tuvo la más mínima ocasión...

—Herbert Fowliss no es mi padre —dijo ella, roja como una guinda.

—Pero Manuel Fowliss sí es hermano de Herbert. Éste es su tío, para ser más claros. No dudo de que Manuel Fowliss sea arqueólogo, pero tengo la seguridad de que más que a hacer excavaciones, fue a realizar una misión por encargo de la O.C.I.G.

—Mi padre no...

—Dejémonos de rodeos —la interrumpió Bonder secamente—. La O.C.I.G. tiene una fama pésima y sus hombres están tan bien considerados como los hombres plantas de Wuaroronokea o los pulpos voladores caníbales de Kaina-Kow. Interviene en los asuntos internos de todos los planetas, pone y quita gobiernos a sus antojos... y no me extrañaría que ahora quisiera hacer lo mismo al otro lado de la Frontera.

—Eso no es cierto. Y, aunque lo fuera, ¿qué interés tiene usted en lo que hace la O.C.I.G.? Lléveme al otro lado de la Frontera, es todo lo que le pido.

—Por supuesto que lo haré, señorita Fowliss...

—En todo caso, si detesta tanto a la O.C.I.G., ¿por qué aceptó?

—Yo le dije que tengo mis motivos particulares. ¿Cree que estaría aquí, en este asqueroso asteroide perdido en el espacio, si hubiese dispuesto de una astronave? Pero después de la sucia faena que me hizo su tío Herbert, ¿quién querría contratar a un capitán sin su patente de vuelo espacial?

—Yo no tengo la culpa de lo que pudiera hacerle mi tío. Además ¿por qué se negó?

—Porque todavía sigo considerándome un hombre libre y no quiero convertirme en un esclavo de esa maldita organización. Hace tiempo que quería hacer ese viaje y usted me ha brindado la ocasión, eso es todo.

—Muy bien —dijo Gardenia fríamente—. Puesto que acepta, sus problemas particulares no me interesan. Tenga la bondad de avisarme apenas haya completado la tripulación, capitán.

—Así lo haré, señorita. Ah, una cosa.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego Bonder añadió:

—Ahora hay ya muchos que conocen el viaje que vamos a realizar. Pero cuando vino a visitarme por primera vez es de presumir que nadie lo supiera, salvo usted y yo. ¿No era así?

—En efecto, más algunas personas de mi confianza, las cuales, naturalmente, no se hallan ahora en Sylvanus. ¿Por qué lo dice usted, capitán?

—Aquella misma noche fui a determinado sitio..., una taberna, para ser

más claros. Sabía que encontraría allí a mi navegante y, en efecto, así sucedió. Pero a los pocos minutos se me acercó un tipo y me habló de mi viaje a otro lado de la Frontera. Se lo digo para que sepa que no vino aquí tan en secreto como creía.

Gardenia se mordió los labios.

—Estuve preguntando por usted en distintos lugares de la Galaxia —dijo al cabo—. Tal vez ese hombre se enteró...

Bonder meneó la cabeza.

—Pudiera ser, pero yo no me fiaría de «El Buitre». Preveo una cosa: «El Buitre» nos seguirá nuestra órbita y nos proporcionará, con toda seguridad, más quebraderos de los que nos proporcionarán los obstáculos naturales con los que habremos de encontrarnos indefectiblemente en nuestro viaje al otro lado de la Frontera.

—Pero ¿quién es ese tipo apodado «Buitre»? —preguntó ella.

Bonder sonrió.

—No le han dado el apodo por capricho —respondió significativamente.

CAPÍTULO IV

Finalmente, Kerry Bonder logró completar la tripulación.

Sus dificultades con la burocracia fueron mínimas. En una oficina le devolvieron su patente de capitán de astronave, puesta al día.

Ello le convenció de que había estado en lo cierto. En aquella expedición tenía parte la poderosa Oficina Central de Información de la Galaxia.

Torció el gesto. No le gustaba en absoluto, pero ya estaba hecho y debía seguir adelante. Se preguntó qué intereses podría tener la superpoderosa O.C.I.G. al otro lado de la Frontera.

Era fácil imaginárselo. De la O.C.I.G. solía decirse que hacía y deshacía gobiernos a su antojo. Para Bonder era un supergobierno galáctico, claro que sin caras famosas en las primeras páginas ni publicidad de sus actos. Pero no había lugar de la Galaxia al que no llegasen sus tentáculos.

Salvo a los mundos del otro lado de la Frontera. Hasta ahora, Bonder lo sabía por propia experiencia, eran mundos libres de la pesada zarpa de la O.C.I.G. ¿Seguirían siéndolo en el futuro?

Gardenia Fowliss podía haber armado la expedición por el real motivo de encontrar a su padre, pero no cabía la menor duda de que la O.C.I.G. había aprovechado la ocasión para meter su nariz en la expedición. En lo que a él se refería, haría todos los posibles por hacer fracasar los planes de la omnímoda organización policial.

Había una cuenta que saldar y Kerry Bonder esperaba conseguirlo en esta ocasión.

Apenas hubo contratado al último tripulante que faltaba para completar la dotación, se dispuso a comunicarle la noticia a Gardenia.

Entró en un bar y buscó la cabina. Arrojó una moneda en la ranura y marcó el número del hotel, pidiendo de inmediato comunicación con la joven.

A los pocos segundos, tenía la cara de Gardenia en pantalla.

—¿Capitán?

—La tripulación está completa. Podemos partir mañana mismo, si usted lo desea.

Gardenia vaciló un instante.

—¿Podría darme veinticuatro horas más, capitán? —pidió al cabo.

—Es usted la dueña de la nave, señorita Fowliss —le recordó él.

—Sí, claro. Gracias, capitán. Zarparemos pasado mañana, al amanecer. Mientras tanto, por favor, dé los últimos toques a la nave. No quiero fallos durante la travesía. ¿Entendido?

—Descuide, señorita. ¿Algo más?

—No, gracias, capitán. Eso es todo.

«Y ahora —pensó Bonder apenas se hubo cortado la comunicación— que me rebanen el pescuezo si no se pone en contacto con la O.C.I.G. para pedir las últimas instrucciones. Esas veinticuatro horas de más son las que necesita para enviar y recibir los espacio—gramas correspondientes...»

Puesto que estaba en un bar, le pareció mal no tomarse una copa. Acercóse a la barra y pidió de beber.

Estaba a mitad cuando un individuo le interpeló:

—Perdón. ¿Estoy hablando con el famoso capitán Bonder?

—Pues... quitemos lo de famoso, pero el resto es auténtico —sonrió el aludido.

—Me llamo Félix Tevar, capitán —se presentó el hombre, que era de buena presencia, modales educados y aparentaba contar unos cuarenta años —. ¿Podría venderme un pasaje en su nave?

Bonder respingó.

—¿Un pasaje? Es... una nave particular, señor Tevar —contestó.

—Ya lo sé —sonrió el individuo—. Sería inútil pretender tomar un pasaje en una nave regular, puesto que, hasta ahora, ninguna hace viajes al otro lado de la Frontera. Por eso me he dirigido a usted, capitán.

—Nuestra expedición es estrictamente particular —manifestó Bonder —. Además el viaje no tendrá nada de agradable...

—Me lo imagino, y ése es precisamente mi mayor interés. Decenas de naves se habían perdido intentando atravesar la Frontera, hasta que una de ellas lo consiguió. Su capitán pudo encontrar un camino a través de esa peligrosa hendidura que divide en dos el espacio y logró pasar al otro lado. Aquel capitán era usted, señor Bonder.

—Tuve suerte —respondió el joven modestamente.

—Y audacia. La suerte se alía casi siempre con los audaces —sonrió Tevar—. Soy escritor —explicó—. Usted ya relató sus impresiones del primer viaje. Leí la narración y me interesó fuertemente. Así, pues, trato de repetir la experiencia, a fin de poder hacer yo mi propio relato. Pagaré bien el precio del billete, capitán.

—Lo siento —dijo Bonder—. No obstante, si tanto interés tiene, vaya al «Multicosmos». La dueña de la nave, Gardenia Fowliss, se aloja allí.

—Gracias por el consejo, capitán; lo seguiré sin dilación. Ah, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, señor Tevar.

—Como digo, he leído su relato de viaje y no una, sino muchas veces. Hay capítulos realmente fascinadores, pero en su libro no contó usted todo lo que había visto.

Bonder arqueó las cejas.

—Habría necesitado una narración de veinte volúmenes...

—No es eso, capitán —sonrió Tevar—. Hay una fractura entre los capítulos XXI y XXII, una solución de continuidad. Ya sé que en la mayoría de las ocasiones y por necesidades de espacio, usted tuvo que hacer una sucinta relación de lo que había visto. Pero ¿qué pasó entre su estancia en Vrodary y Stallion III?

Bonder se puso rígido...

—No comprendo —dijo.

—Capitán, soy escritor profesional y conozco el paño. Usted hizo una etapa intermedia de unos tres o cuatro meses entre Vrodary y Stallion III. ¿Por qué no incluyó esa etapa en su relato?

El joven contempló su vaso con aire pensativo.

—Es usted muy perspicaz, señor Tevar —dijo al cabo—. Pero razones muy particulares me incitan a callar lo que sucedió entre... los capítulos XXI y XXII.

Tevar sonrió comprensivamente.

—Comprendo, capitán —dijo, a la vez que depositaba unas monedas sobre el mostrador—. Bien, iré al «Multicosmos» a entrevistarme con la señorita Fowliss. Permítame que deje abonada su consumición..., y gracias por todo.

—No hay de qué —contestó Bonder.

Tevar se alejó y le dejó solo. Bonder concluyó el contenido de su vaso, diciéndose que en los últimos días había demasiada gente que demostraba un excesivo interés por viajar al otro lado de la Frontera.

Permaneció allí largo rato, concentrado en sus pensamientos. Le dolía el corazón, pero no físicamente. Todavía tenía presente la mejor de sus aventuras al otro lado de la Frontera, precisamente la que había omitido narrar en su libro.

¿Estaría todavía aguardándola la hermosa Shella... al otro lado de la Frontera?

* * *

En Sylvanus no había día ni noche temporales, aunque la iluminación artificial, que funcionaba constantemente, suplía los ciclos naturales de luz y oscuridad que existían en otros planetas. Cuando salió del bar era ya de noche.

A poco, se dio cuenta de que le seguían.

Frunció el ceño. Aquel tipo, se dijo, no podía pertenecer a la O.C.I.G. Ya tenían bastante con Gardenia Fowliss.

¿Entonces...?

La respuesta era sólo una: Hugo Sorensen.

«El Buitre» era ambicioso. Hasta el más tonto podía deducir, de su libro, las grandes riquezas que había al otro lado de la Frontera. Sorensen quería meter ambas manos en los, metafóricamente hablando, innumerables cofres del tesoro que había en Vrodary, en Stallion III y en... donde vivía Shella.

Pero Bonder no estaba dispuesto a que un desaprensivo cometiese estragos en aquellos mundos. Y una cosa había segura: Sorensen carecía de conciencia.

Aceleró el paso y el espía aceleró el suyo. Bonder empezó a pensar en la mejor forma de deshacerse del tipo.

De pronto, divisó una puerta entreabierta. Cuando se acercaba, vio que la puerta se abría un poco más y que aparecía en el umbral la silueta de una mujer.

Era joven, de cabellera flameante y líneas opulentas. La mujer le dirigió una sonrisa profesional.

Bonder adoptó inmediatamente una resolución. Aquella casa estaba aislada. Como todas las del asteroide, era de una sola planta. Podía escapar más tarde por alguna puertecita o ventana posterior.

Se acercó a la mujer.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó.

—Claro —contestó ella sin dejar de sonreír—. Entra, buen mozo. Me llamo Tamara. ¿Y tú?

—Kerry —contestó el joven.

Entraron en la casa, amueblada modestamente, pero limpia. Tamara vestía con brevedad y llevaba caída una de las hombreras de su blusa.

—¿Qué prefieres, Kerry? —preguntó.

—¿Tienes vino marciano?

—Hay una botella «Gran Reserva 2400». ¿Vale?

—Vale.

Tamara sacó dos copas y trajo la botella. El propio Bonder la descorchó y llenó las copas de un líquido ambarino, totalmente transparente.

—Salud, Tamara —dijo él.

—Salud, Kerry —sonrió la mujer. Era guapa, aunque un tanto basta—. ¿Mucho tiempo en Sylvanus? —le preguntó por encima de la copa.

Kerry tomó un trago.

—Me iré pasado mañana. ¿Vives aquí?

—Sí. Es un buen sitio... para ganar dinero.

—Claro. El vino es estupendo, Tamara. Te daré para que compres... una caja.

—Es caro —sonrió ella.

—No... no importa...

Kerry se tambaleó. La copa se escapó de sus dedos.

Miró a Tamara. Ella seguía sonriendo, pero su sonrisa era especial, enigmática.

Los ojos de Bonder se fijaron en la botella. Empezó a caer al suelo.

Demasiado tarde recordó que la «Gran Reserva 2400» no era de vino blanco, sino rojo. Cuando se dio cuenta de que el espía le había llevado a la trampa, como una res conducida por el vaquero a su corral, estuvo a punto de soltar la carcajada, riéndose de sí mismo y de su estupidez. Pero sus labios sólo pudieron formar una leve mueca, porque inmediatamente se quedó dormido.

* * *

Los recuerdos fueron aflorando a su mente. Sintió un leve dolor en la espalda y se dijo que tal vez se había golpeado al caer en casa de Tamara. Oyó voces a su alrededor y parecían estar envueltas en algodón.

—¿Ha terminado ya, doctor?

—Sí, aunque debemos esperar todavía un poco. El proceso de cicatrización...

Las voces se alejaron de nuevo. Bonder percibió un chorro de gas fresco que olía muy bien y volvió a dormirse.

Cuando se despertó, lo hizo de golpe. Abrió los ojos y se encontró en una habitación amueblada parcamente. Sentóse en el lecho y miró a su alrededor.

Sus ropas estaban en una silla vecina. Se vistió y buscó el cuarto de baño. Lo único que hizo fue echarse un poco de agua a los ojos y pasarse un peine que encontró en el único estante que había.

La habitación carecía de ventanas, lo mismo que el cuarto de baño. Bonder divisó las rejillas de aireación, pero los tubos eran demasiado pequeños para intentar la escapatoria a su través.

Profundamente preocupado, se preguntó las causas de su secuestro. Estaban claras: querían impedir su viaje al otro lado de la Frontera.

¿Era que había alguien con suficiente fuerza para oponerse a los designios de la O.C.I.G.?

Si el tío de Gardenia se enteraba, daría orden de barrer implacablemente a los que constituían un obstáculo para aquella misión. Él podía decírselo a Gardenia, pero la muchacha alegaría que no tenía nada que ver con la O.C.I.G... aunque luego comunicase a su tío el incidente.

Se acercó a la puerta y asió el picaporte. Con gran sorpresa suya, halló que no había llave.

Abrió y, al pasar al otro lado, se encontró en una habitación desnuda de muebles. La cruzó, probó a abrir la otra puerta... ¡y se encontró en la calle!

CAPÍTULO IV

La hora de zarpar se acercaba cuando Bonder, con su equipaje en la mano, llegó al fin a la nave.

Gardenia le aguardaba con el ceño fruncido junto a la puerta de acceso.

—Creí que no iba a cumplir su palabra, capitán —le dijo en tono de reproche.

Bonder la miró de arriba abajo. Ella vestía de la misma forma que el primer día en que se habían conocido, salvo que ahora todo, hasta las botas, eran de color amarillo. Únicamente la pluma del casquete era de color rojo y oscilaba blandamente a cada movimiento de la cabeza de Gardenia.

—No ha sido mía la culpa —se excusó—. De todas formas, hablaremos más tarde. Ahora, con su permiso, iré a disponer todo para zarpar.

—Sí, tenemos que hablar —concordó ella—. Ah, una cosa; he admitido un pasajero.

—¿Tevar?

—El mismo. Supongo que no tendrá inconveniente en que viaje con nosotros.

—Luego le haré redactar un documento, en el que deberá descargarnos, a usted como propietaria, y a mí en calidad de capitán, de toda responsabilidad por cualquier incidente que pueda surgir en el viaje. No quiero jaleos a mi vuelta, ¿comprende?

—Lo encuentro muy lógico —dijo Gardenia—. Bien, capitán; hemos perdido ya demasiado tiempo.

—Sí, señorita.

Bonder se dirigió hacia su cámara. Dejó el equipaje y luego se encaminó hacia el puente de mando.

Alec Dubei le salió al paso.

—Todo listo para el despegue, capitán. Los pilotos están ya en su puesto.

—Gracias, Alec —sonrió Bonder—. Partiremos de inmediato.

El primero y el segundo pilotos estaban ya en sus asientos, a ambos lados del que le correspondía como comandante de la nave. Bonder se sentó y agitó una mano.

—Dé la primera señal para el despegue —se dirigió al primer piloto—. Señor Gyunan, póngase en contacto con la torre de control —indicó al segundo piloto.

Una campana empezó a tañer en el interior de la nave. Todos sus ocupantes corrieron a sus puestos. Se inició la revisión de los instrumentos.

La campana sonó por dos veces más. Después de su último tañido, la nave empezó a elevarse lentamente.

Los poderosos motores que hacían funcionar el mecanismo de antigravedad fueron incrementando sus revoluciones. Un minuto más tarde, la nave volaba ya a varias veces la velocidad del sonido.

De pronto, se disparó hacia adelante como un obús espacial. Sylvanus desapareció de las pantallas en cuestión de segundos.

Bonder continuó en el puente todavía durante dos largas horas. Al fin, cuando la aguja de la velocidad marcaba la cifra 0,75 (tres cuartos de la velocidad de la luz), consideró que su presencia allí era superflua y se puso en pie.

—Aceleración gradual hasta cien durante cuarenta y ocho horas. Pasado ese plazo, daremos el salto para situarnos en las inmediaciones de la Frontera.

—Bien, capitán.

—Una cosa: las pantallas deben estar funcionando constantemente. Van a seguirnos, estoy seguro de ello.

—Sí, señor.

—Eso es todo por el momento.

Abandonó el puente y buscó la cabina de Gardenia. La joven le hizo pasar a los pocos momentos.

Ella se había cambiado ya de ropa. Ahora vestía una blusa blanca y unos holgados pantalones azules, calzando sus pies con unas cómodas sandalias.

—¿Y bien, capitán? —dijo un tanto impertinentemente.

—Estuve casi dos días sin dar señales de vida, ¿no es cierto?

—Espero una explicación, capitán.

—Me secuestraron, señorita Fowliss.

Gardenia enarcó las cejas.

—Una explicación un tanto burda, ¿no cree?

—¿Puede darme usted otra más convincente?

Gardenia tenía una mesita cerca de ella. Tomó un papel y leyó:

—Día 7, 18.00: «Entra en el “Tubb”. Telefonea. Toma una copa. Habla con un desconocido...» Resultó ser Tevar —aclaró ella. Y continuó—: «Mismo día, 18.40. Sale del “Tubb”. Parece darse cuenta de que es seguido. Acelera el paso. Diez minutos después, se detiene ante el número 40 de la calle 25. La casa pertenece a una mujer llamada Tamara. Habla con ella en la puerta; luego entran...»

Gardenia le miró fijamente.

—¿Es necesario que siga, capitán? Estuvo dos días en esa casa y con esa mujer, entregado a... Oh, no me haga decir lo que hizo, porque me sofoco de vergüenza. Francamente, le creí un poco más elevado de espíritu.

Bonder apretó los labios.

—De modo que usted piensa que estuve organizando bacanales con una

mujerzuela —dijo.

—¿Y no fue así? —gritó ella, hiriendo el suelo con el pie.

—Señorita Fowliss —dijo Bonder furiosamente—, ha de saber que Tamara me dio a beber vino narcotizado. Durante estos dos días he estado en algún lugar desconocido, donde ciertos sujetos, indudablemente cómplices de «El Buitre», han estado sondeando mi cerebro. Había un médico entre ellos, estoy seguro; y, cuando terminaron, me dejaron libre...

—¿Espera que crea esa fábula? —dijo Gardenia desdeñosamente.

Bonder se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera, pero ésa es la verdad —contestó—. Además, en todo caso, de ser verdad lo que usted dice, su expedición no ha sufrido ningún perjuicio. Pudieron matarme y no lo hicieron. Y otra cosa: ¿quién la autorizó a colocarme una «sombra»?

Gardenia se mordió los labios.

—Lo hice para protegerle, capitán —contestó.

—¡Vaya una protección! —dijo él sarcásticamente—. Ese sujeto ve que entro en una casa, que tardo horas y más horas en salir... y no se le ocurre denunciar el hecho a la policía ni entrar siquiera para prestarme ayuda. ¿Eso es lo que usted entiende por protección?

—Tenía determinadas instrucciones...

—Recibidas de su tío, ¿no? Sí, el de la O.C.I.G., a ése me refiero.

Gardenia enrojeció.

—Mi tío no...

—Vamos a ser claros, señorita Fowliss —le interrumpió Bonder—. Estoy seguro de que durante estos días de inconsciencia, los compinches de «El Buitre» me han sacado de la cabeza toda la información posible para el paso de la Frontera. Usted sabe bien que voy allí por mis propios motivos más que por la recompensa prometida. Pero desde aquí le auguro que no sólo se va a enfrentar con los peligros del espacio, sino con los piratas de Hugo Sorensen. Y si éstos ven que pueden obtener un beneficio a costa de su lindo pellejo... no dudarán en absoluto en rebanarle el cuello, así que ya está prevenida.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere!

Bonder se detuvo. Gardenia corrió hacia él.

—Capitán —dijo—, quizás he sido un tanto injusta con usted. Pero me he sentido muy nerviosa durante estos dos días... ¿De veras le secuestraron?

—Hay asuntos en los cuales no me gusta mentir ni andarme con rodeos —declaró él.

—Entonces ¿cree que le sondearon el cerebro?

—Estoy absolutamente seguro de que así lo hicieron, señorita Fowliss.

—Pero ¿por qué?

Bonder dirigió a la joven una larga mirada.

—Hay quien cree que al otro lado de la Frontera se pueden encontrar los diamantes como quien encuentra guijarros a la orilla de un río, esto es, sin más que agacharse.

—¿Es cierto? —preguntó ella interesadamente.

—Las riquezas que hay al otro lado de la Frontera son de género muy distinto, pero algunos no saben entenderlo así. Y como nos descuidemos, nos llevaremos el gran disgusto.

* * *

Kerry Bonder estaba en su cámara, haciendo algunos cálculos con su computadora privada. Encima de la mesa de trabajo tenía un retrato, con marco de madera muy sencillo.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo.

Gardenia entró con un documento en la mano.

—¿Capitán?

Bonder se puso en pie.

—¿Ocurre algo, señorita?

—He comprobado su declaración —respondió—. Realmente, fue narcotizado en casa de Tamara.

El capitán sonrió ligeramente.

—Posee usted un buen servicio de información, señorita —dijo.

Gardenia apretó los labios.

—Lo creí conveniente —respondió envaradamente—. Después lo sacaron por una puerta trasera y se lo llevaron. No se ha podido averiguar el lugar adonde fue, porque mi... agente estuvo aguardándole largo rato y sólo, cuando vio que no salía, entró para interrogar a Tamara. Ya no había nadie en la casa.

—Lo que corrobora mis suposiciones y, en parte, desmiente sus primitivas declaraciones sobre su asunto —manifestó Bonder—. Bien, el caso es que mi buen amigo Hugo Sorensen conoce ya la ruta a seguir.

—¿Cree que puede importarnos mucho?

—Depende de lo que «El Buitre» pueda pretender más tarde.

—¿No hay más que un camino para atravesar la Frontera?

—Si hay otro, yo lo desconozco, señorita Fowliss.

—Está bien, correremos los riesgos que sean precisos, pero pasaremos al otro lado.

—Para eso me contrató usted —Bonder sonrió—. De modo que no tiene nada que ver con la O.C.I.G., ¿eh?

Ella se puso colorada.

—A fin de cuentas, mi tío tiene también interés en encontrar a su hermano —respondió.

—Ya. ¿Y cuántos agentes de la organización hay a bordo, aparte del inefable señor Tevar?

—Tevar no... Bien, eso no debe ser discutido más, capitán. Le agradezco que haya accedido a recibirme y...

La mirada de la joven se fijó de pronto en el retrato.

—¿Su esposa? —preguntó.

—Oh, no, una simple conocida —repuso él.

—Generalmente, un hombre no pone en su mesa de trabajo el retrato de una simple conocida —dijo Gardenia intencionadamente.

—Bueno, a fin de cuentas, siempre es una cara bonita para mirar, ¿no le parece?

—¡Psé! No está mal. Monina solamente, capitán.

—Depende de la opinión de cada uno —sonrió él.

—¿Terrestre?

—No.

Gardenia fijó la vista en la cara de Bonder.

—Empiezo a sospechar que ella es el motivo de su viaje al otro lado de la Frontera —dijo.

—Pudiera ser, pero, en todo caso, ¿no va a obtener usted un sustancioso beneficio de mi colaboración?

Ella ya no quiso seguir hablando. Giró sobre sus talones y salió de la cámara con paso rápido, sabedora de que, a sus espaldas, Bonder sonreía irónicamente.

* * *

La voz del primer piloto resonó con fuerza a través del sistema de altoparlantes:

—¡Capitán, al puente!

Bonder recogió de su mesa unos papeles y salió de la cabina. Instantes más tarde, se hallaba en la cabina de mando.

—¿Novedades, Rico? —preguntó al primer piloto.

—Fíjese en eso, señor.

Bonder dirigió su vista hacia una de las pantallas, en donde se divisaba un puntito luminoso situado en un ángulo.

—¿Sí?

—Hace algún rato que captamos la señal —manifestó Rico Zilani, el primer piloto—. Esperé un tiempo, por si se trataba de una nave que seguía una órbita muy similar a la nuestra, confiando en que acabaríamos por

perderla, pero esa nave sigue nuestra ruta, podría decirse que al milímetro.

—¿A qué distancia la tenemos? —preguntó Bonder.

—Algo más de ocho segundos luz, señor.

«Unos dos millones y medio de kilómetros», calculó Bonder rápidamente.

—Está bien —dijo—. Continúen con la observación. Dentro de hora y media luz llegaremos al punto donde es preciso realizar el salto para situarnos a la entrada de la Frontera. Si todavía sigue ahí la nave, tomaremos una decisión.

—Bien, capitán. Ah, otra cosa, señor. Recibimos un mensaje para la señorita Fowliss. Resultó casi ininteligible, debido a unas extrañas interferencias cuyo origen no hemos sabido detectar.

—¡Qué raro! —exclamó el capitán.

—Así lo piensa también Sam Comer, el operador de radio. Yo le he dado orden de que localice esa interferencia a cualquier precio.

—Muy bien hecho —aprobó Bonder. Entregó los papeles a Zilani—. Aquí están los datos para el salto. Haga una comprobación y téngalo todo listo para dentro de noventa minutos luz. Yo en persona vendré aquí para dirigir la maniobra.

En aquel momento, Bonder sintió un agudo pinchazo en la espalda, a la izquierda del corazón. Su cara se crispó súbitamente.

CAPÍTULO V

El primer piloto se alarmó. La cara de Bonder, aparte de la crispación, se había tornado gris y estaba perlada de sudor.

—¿Le ocurre algo, capitán? ¿Se siente enfermo?

Bonder hizo un esfuerzo. El dolor se alejaba tan rápidamente como había venido.

—No..., no es nada —jadeó—. Siga, Rico. Ya se me ha pasado. Ha... debido de ser un calambre muscular. Siga, repito.

—Muy bien, señor.

Bonder se retiró a su cámara profundamente preocupado. Siempre había disfrutado de una salud de hierro. ¿Iba a padecer ahora un ataque cardíaco?

Se tendió en la cama y cerró los ojos. Pensó en Shella. ¿Le aguardaría aún?

Él se había marchado sin despedirse, pero sabía que la hermosa Shella estaba enamorada de él. Shella sabía que tenía que irse un día u otro; sin embargo, le había dicho en cierta ocasión que aguardaría su vuelta aunque fuese durante un siglo.

Por propia experiencia, Bonder sabía que las promesas de enamorados, al cabo del tiempo, se convierten en humo. Era un iluso creyendo que Shella iba a estar aguardándole.

El tiempo se le pasó velozmente. De pronto, sonó la voz del primer piloto:

—Capitán, es la hora.

Bonder se levantó y abandonó la cámara. Por el camino, se encontró con Sam, el operador de radio.

Parecía muy preocupado. Iba con un detector en la mano y escudriñaba todos los rincones de la nave.

—Alguien ha colocado a bordo un emisor de señales y estamos tirando de la nave de Sorensen como si la llevásemos remolcada con un cabo —dijo Sam de mal humor.

Bonder se quedó parado.

—Si eso es cierto, el detector ha captado las señales, Sam.

—En efecto, señor. Y no quisiera otra cosa que poner la mano encima del tipo que...

—¡Un momento, Sam! ¿Cree usted que ese emisor interferirá también los mecanismos de traslación subespacial?

—Por cierto que no, capitán. Usted sabe que están blindados contra todo género de interferencias. Además «El Buitre» es lo suficientemente listo como para no cometer un error de semejante calibre. Si nos perdemos

nosotros, él se pierde también... y eso es algo que no le conviene en absoluto. Con su permiso, capitán.

Sam se alejó, gruñendo entre dientes. Un tanto divertido, Bonder prosiguió su camino.

—Todo listo para el salto, señor —informó Zilani apenas entró en la cámara.

—Bien, vamos a empezar uno inmediatamente —dijo Bonder, a la vez que ocupaba su puesto—. Cuando salgamos de nuevo al espacio normal, estaremos tan sólo a cinco horas luz de la Frontera. Es el límite mínimo de seguridad que debemos establecer para evitar errores que podrían resultarnos funestos.

* * *

Con un chispazo cegador, la nave surgió al espacio normal. Se oyó un suspiro general de satisfacción. El tránsito a través del subespacio no era nunca una cosa agradable.

Las posibilidades de error eran mínimas, pero existían. Si se cometía un fallo, la nave corría el riesgo de quedar para siempre sumergida en aquella especie de nada a la que se había dado el nombre de subespacio y que era una retorsión del universo, donde nada ni nadie podía existir durante largo tiempo.

Al encontrarse en la nada absoluta, el aparato viajaba a una velocidad inconmensurable. Distancias de decenas y aun centenares de años luz eran recorridas en escasos segundos. La principal tardanza de las naves en realizar sus viajes se debía a la inexorable servidumbre que imponía el acercamiento o el alejamiento de un planeta, que debían realizarse siempre a velocidades infralumínicas.

Pero aun esto era una bagatela cuando se trataba de salvar distancias de trillones de kilómetros. Y en realidad lo que importaba eran los viajes interestelares. Los peligros no contaban para aquellos audaces astronautas. Por otra parte, en los últimos tiempos, la perfección de los instrumentos apenas permitía errores. Podía decirse que la seguridad era absoluta.

Un «¡Oh!» de asombro general se escapó de todos los labios cuando la nave surgió al espacio normal. Delante de ellos no había nada.

Oscuridad, una noche total, absoluta, sin una sola estrella. Era una nebulosa de gases negros, que ocultaba por completo la luz de las estrellas que había al otro lado.

—Ahí tienen la Frontera —dijo Borden.

Los tripulantes estaban impresionados.

—No había visto nunca una cosa semejante —dijo Dubei.

—Y detrás de nosotros, como pueden apreciar por la pantalla de popa,

se ven las estrellas perfectamente —indicó Bonder.

La masa oscura ocupaba todo cuanto alcanzaba su vista en cuatro sentidos: arriba, abajo y a los lados. Sólo por la popa se veían las estrellas. Delante de la proa no había más que oscuridad.

—Viajamos a noventa y cinco centésimas de la velocidad de la luz —informó el primer piloto.

—Reduzca a ochenta y establézcala como velocidad de crucero —dispuso Bonder.

—¡«El Buitre» acaba de aparecer! —gritó Gyuna en aquel momento.

Bonder frunció el ceño.

—Por lo visto, es imposible despegarse de ese tipo —masculló.

—Nos seguirá hasta el otro lado —se lamentó Zilani.

En aquel momento, Bonder sintió otro ramalazo de dolor en la espalda. Esta vez resultó tan fuerte, que hubo de apoyarse con ambas manos en uno de los sillones. De pronto, sufrió un mareo y cayó redondo al suelo.

* * *

Cuando abrió los ojos, vio a Gardenia delante de él, con una jeringuilla de inyecciones en las manos.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó.

—Voy a darle un estimulante, capitán —contestó la joven—. Al mismo tiempo, confío, le suprimirá los dolores. ¿Cuándo empezó a sentirlos? —quiso saber, mientras le desinfectaba el brazo izquierdo.

—Hace... Nunca había sentido nada semejante —contestó él.

—El corazón no avisa cuando falla —dijo ella sentenciosamente—. Si yo fuese otra, daría orden de regresar inmediatamente, pero le necesito, capitán.

La aguja penetró en la carne. Bonder admiró la pericia de Gardenia.

—¿Es usted médico? —preguntó.

—Cuatro años de estudios —contestó ella—. Pero no terminé la carrera.

—Se aburrió y se dedicó a la arqueología.

—Me dediqué a buscar a mi padre —respondió Gardenia secamente—. Dentro de diez minutos podrá levantarse. Si le vuelven los dolores, avise.

—¿Y si me muero al tercer ataque?

Gardenia se encogió de hombros.

—Ya no puedo retroceder, capitán —dijo—. Estamos entrando en la Frontera.

Bonder pegó un salto en la cama.

—¿He estado cinco horas sin conocimiento? —exclamó.

—Justamente, capitán. Empezaba a preocuparme, créame.

Gardenia recogió los trebejos y se dispuso a salir. La nave sufrió de pronto un ligero estremecimiento y la joven se tambaleó.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada.

—Hemos tropezado con un torbellino de gas estelar —dijo él—. Eso no es más que el principio de lo que vamos a pasar.

—¿Tardaremos mucho en cruzar la Frontera?

—A la velocidad que viajamos, una semana, por lo menos.

—Podríamos intentar el salto por el subespacio, ¿no cree?

—¿Sin astros visibles que nos puedan servir de puntos de referencia? Resultaría una locura. Podríamos perdernos... o aparecer incluso en otra galaxia.

—Andrómeda es la más cercana... y está a cerca de dos millones de años luz —dijo ella.

—Lo sé, pero incluso hasta allí podríamos llegar si usáramos los motores subespaciales. Y para distancias más cortas no sirven. Además, aunque hiciéramos el salto de distancia mínima, surgiríamos de nuevo dentro de la Frontera, pero ignorando por completo el lugar en que nos hallábamos.

—¿Y confía en encontrar el paso, sin ver nada?

Bonder sonrió.

—Es cuestión de ir tanteando —dijo.

—¿Como los ciegos?

—Justamente.

* * *

La nave avanzaba, subía, bajaba, retrocedía. En torno a ella rugía silenciosamente una tormenta de electrones.

La vida a bordo se había convertido en un infierno. Los tripulantes apenas comían, ya que el mareo tornaba sus estómagos completamente inestables. Si querían dormir, tenían que atarse a las literas; de lo contrario, corrían el riesgo de estrellarse contra el techo.

A doscientos cuarenta mil kilómetros por segundo, la astronave continuaba abriéndose paso en aquella espesísima masa de negrura. Se oían crujidos, chirridos, gemidos de los propulsores..., los instrumentos, en ocasiones, se ponían al rojo vivo.

El calor era insoportable. Bonder había ordenado desconectar todos los motores auxiliares, a excepción del de renovación de atmósfera. Los tripulantes iban semidesnudos, con sólo unos pantalones cortos, y sus torsos brillaban por el sudor.

Se veían ojos hundidos en las órbitas y rostros demacrados. Ninguno se afeitaba. Los viajes a las fuentes de agua eran continuos.

Bonder calculó la distancia recorrida. Todavía les quedaban tres días de infierno. Uno o dos tripulantes habían sufrido ataques de nervios y estaban atados a sus literas y sometidos, además, a la acción de fuertes sedantes.

Valerosamente, Gardenia había intentado resistir, pero sus fuerzas estaban llegando ya a su límite. El espacio hervía continuamente, así podría expresarse, en el interior de aquella colosal masa negra que no parecía tener fin.

Bonder pilotaba la nave. De cuando en cuando, daba una cabezada en su propio sillón. De allí no se había movido apenas más que lo indispensable en los cuatro días precedentes. Se estremecía cada vez que pensaba que aún les quedaban tres días más por sufrir en aquella etapa infernal.

Agarrándose a todas partes, Gardenia entró en el puente de mando con un termo lleno de café caliente.

—Capitán —dijo.

Bonder volvió la cabeza un segundo.

—Aquí hay un sitio libre —dijo—. Siéntese, pronto.

Ella obedeció. Presionó la tecla correspondiente y las ataduras de seguridad se ciñeron automáticamente en torno a su cuerpo.

—Le he traído un poco de café... —empezó a decir.

—Ahora no —le interrumpió Bonder—. Estamos amenazados de muerte.

CAPÍTULO VI

Gardenia se puso pálida. El termo resbaló de sus manos repentinamente sin fuerza y rodó por el suelo.

—¿Qué..., qué sucede? —preguntó.

Bonder señaló la pantalla, donde se divisaban unas manchas confusas, semejantes a bandas de tela de gasa verdosa ondeando en el aire.

—Ahí lo tiene —dijo—. Uno de los monstruos más perversos de la creación. Se acerca a nosotros a ciento veintidós mil kilómetros por segundo y mide no menos de treinta kilómetros de punta a punta de sus tentáculos gaseosos.

—¿Un... animal que es un gas? —tartamudeó ella.

Bonder asintió.

—Un gas que es terriblemente corrosivo. En pocos momentos, podría destruir casi totalmente la estructura de esta nave y dejarla como un queso de Gruyere que, además, hubiese sido roído por las ratas. Imagínese lo que les pasaría a los tripulantes.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Encontré una nave así en el borde exterior de la Frontera. Entré para investigar y leí el diario de a bordo de su capitán. Los últimos momentos de aquellos desdichados debieron de ser horribles.

Gardenia se puso una mano en el cuello.

—¿Y... no hay defensa alguna contra ese ser monstruoso?

—Lo intentaré —repuso Bonder—. Por fortuna, no abundan demasiado. En mi viaje anterior, tuve la suerte de no encontrarme con ninguno de ellos. Pero, recordando lo que había visto, procuré prepararme para un posible tropezón.

Sus manos volaron de súbito sobre el teclado de mandos. La imagen de la bestia gaseosa se había agrandado enormemente.

—Está a unos diez millones de kilómetros —dijo Bonder—. Dentro de minuto y medio, aproximadamente, estaremos al alcance de sus tentáculos.

—Pero ¿no avisa a la tripulación? Adviértales del peligro...

—¿Para qué? Si derrotamos al monstruo, les habremos preocupado en balde. Y, si fracasamos..., ninguno tendremos escapatoria.

—Está el bote salvavidas...

—No sirve. Es sólo para distancias interplanetarias y alcanza nada más que los cincuenta mil kilómetros por segundo. O matamos a la bestia, o nos vamos todos al diablo.

Ahora ya se podía ver al extraño ser a simple vista. No tenía ojos ni boca ni ningún rasgo fisonómico o corporal que lo hiciera siquiera vagamente parecido a otro animal de la Galaxia. Simplemente, parecía una

acumulación de cintas de gasa fosforescente, varias docenas, unidas por un nudo central de diez o doce kilómetros de diámetro.

Bonder presionó un botón. Una raya blanca partió de la nave en dirección a la bestia.

Cinco segundos más tarde, un pequeño sol nació delante de la nave. Bonder ya había enviado un segundo proyectil, que estalló a renglón seguido del anterior.

—Bombas luminosas —dijo.

Gardenia retenía el aliento, contemplando aquel increíble espectáculo. La bestia pareció cejar en su avance, pero no retrocedió.

Bonder lanzó una maldición.

—Es fuerte —dijo lacónicamente. Luego manejó el mando de polarización de las lucernas y las dejó casi por completo opacas—. Prepárese a cerrar los ojos, señorita —indicó.

Dos nuevos proyectiles partieron de la nave.

—¡Cuidado! —gritó Bonder de pronto.

El resplandor de las explosiones entró en la cámara pese a la casi total opacidad de las lucernas. Incluso con los ojos cerrados, Gardenia captó el fulgor de los estallidos.

—Eran bombas diez veces más potentes que las anteriores —explicó Bonder—. Disparadas en la superficie de la Tierra, y es una hipótesis tan sólo, habrían iluminado como un nuevo sol todo nuestro sistema. Si la bestia no...

Abrió los ojos. Un suspiro de satisfacción se escapó de sus labios.

—Acerté —dijo—. O ha muerto o ha huido. En este caso, tiene la suficiente inteligencia para no insistir en sus ataques.

—¿Cómo sabía que acertaría? —preguntó Gardenia, asombrada.

—Un ser que vive en el interior de esta nube negra tiene que ser, a la fuerza, fotófobo. Huye de la luz, ¿comprende? Lo que pasa es que es muy poderoso y resistió bien las dos primeras descargas. Las segundas le derrotaron definitivamente.

—Me pregunto cómo un ser de esa especie puede vivir en el vacío del espacio —dijo Gardenia, admirada.

—Quizás él, si nos conociera, se preguntaría lo mismo con respecto a nosotros y nuestra atmósfera terrestre —sonrió Bonder.

La nave parecía haberse estabilizado un tanto. Gardenia se soltó del sillón y recogió el termo.

—Un poco de café le sentará bien, capitán —dijo.

—No diré que no —contestó él, con la vista fija en los instrumentos. Y añadió—: Vuelva a sujetarse, pronto; se nos está echando encima una tempestad de gases estelares.

La nave se encabritó cuando recibió él primer embate de la tormenta.

Luego, lenta y penosamente, avanzando prácticamente paso a paso, continuó su ruta en dirección a lo que había más allá de aquella temible Frontera.

* * *

Cuando abandonaron la oscura nube, creyeron insoportable el resplandor del espacio.

No había ningún sol a menos de mil millones de kilómetros y, sin embargo, aquella luz, por comparación con la absoluta oscuridad en que habían vivido siete interminables días, les pareció de una intensidad insoportable.

Asimismo, el hecho de que la nave avanzase sin movimientos, deslizándose con infinita suavidad, les hacía sentirse extraños, después de horas y horas de continuo zarandeo.

Los tripulantes empezaron a volver a la vida. Pudieron bañarse, afeitarse, comer normalmente... Recobraron el buen humor y se felicitaban mutuamente por haber salido con bien de la aventura.

Bonder anunció que procedía efectuar una revisión general de todos los aparatos e instrumentos. Después de unas horas de descanso, la gente empezó a trabajar con elevada moral.

De pronto, Sam, el operador de radio, cosa de doce horas después de su salida de la nube negra, hizo un anuncio sensacional:

—Capitán, detecto señales de una nave que nos está siguiendo.

Bonder estaba en el comedor, saboreando un plato de chuletas, y alzó la cabeza vivamente.

—Sorensen otra vez —dijo.

—¿No podremos despegarnos de él? —preguntó Gardenia, que comía a su lado.

—Espere un momento.

Bonder se levantó y se fue hacia un micrófono situado en uno de los mamparos.

—Sam, observa las marcaciones de propulsor subespacial —dijo.

La respuesta se demoró unos segundos.

—Están muy alteradas, señor —dijo el operador—. Hay interferencias residuales que desaconsejan su uso en estos momentos. El cruce de la Frontera no le ha sentado nada bien.

—¿Todavía no has encontrado el transmisor que nos colocó «El Buitre» en la nave?

—Lo siento, señor; he buscado por todos los rincones imaginables y...

—Gracias, Sam. Continúa buscando. Ya veremos de dar una solución a este asunto.

—Sí, señor.

Bonder volvió a la mesa. Un paso antes de llegar a ella, cayó de rodillas, con una inenarrable expresión de sufrimiento en el rostro.

—¡Capitán! —gritó Gardenia, alarmada—. ¿Qué le sucede?

Bonder se agarró al borde de la mesa con ambas manos.

—Mi espalda... ¡Dios, qué dolor! —se quejó, lívido como un difunto.

De súbito, cerró los ojos, se ladeó y cayó al suelo sin conocimiento.

—¡Pronto! —gritó Gardenia—, ¡Llévenlo a su cámara!

Había varios tripulantes en el comedor y se apresuraron a cargar con el cuerpo de su capitán. Gardenia les siguió, aterrada.

Si Bonder moría, ¿qué iba a ser de ellos?

El primer piloto desconocía por completo aquellos parajes, situados al otro lado de una Frontera prácticamente inexplorada hasta entonces. Y aunque la expedición se desarrollase con éxito, ¿cómo volver después a la Tierra?

Gardenia trató de reanimar al capitán, pero sus esfuerzos no dieron demasiado resultado. Bonder recobró el conocimiento, sólo para quejarse sordamente. Los dolores continuaban atormentándole.

—Siento mucho lo que le sucede, capitán —dijo ella al entregarle una poción calmante.

Bonder sudaba. Sus dientes estaban muy prietos, a fin de vencer el dolor que atenazaba los músculos de su espalda.

—No sé lo que me pasa —dijo—. Nunca me había ocurrido una cosa semejante...

Alguien entró en aquellos momentos en la cámara. Era Sam quien llevaba en la mano un detector.

—El transmisor está aquí —anunció solemnemente.

Bonder hizo un esfuerzo y se incorporó a medias en la cama, quedando apoyado en un codo.

—Creo recordar que ya revisó mi cámara hasta el último tornillo —dijo.

—Sí, pero no lo que hay debajo de su pellejo, capitán —contestó el radio sin inmutarse.

Gardenia lanzó un grito. Bonder abrió la boca de par en par.

—¡Por todos los...! —empezó a decir, pero se contuvo a tiempo.

Empezaba a comprender. Giró en la cama y se volvió de espaldas al operador.

—Sam, acerca el detector a mi espalda, debajo del omóplato izquierdo.

—Sí, señor.

En la parte superior del detector había una circunferencia de metal, que giraba sobre un eje vertical. Al acercarla al lugar indicado, se puso a dar vueltas vertiginosamente.

—No hay duda, capitán; usted mismo ha estado guiando al «Buitre» todo el tiempo.

Bonder se volvió y, tendido boca arriba, miró a la joven.

—Usted tiene cuatro años de medicina —dijo.

Gardenia se tapó la mano.

—Pero esa operación..., me refiero a la inserción del detector debajo de su piel..., debió de ser hecha por un expertísimo cirujano... Yo no he hecho nunca sino operaciones menores, sin peligro alguno...

—Ahora tendrá que demostrar su pulso con el bisturí —dijo él sin vacilar—. Aparte de que no tengo ganas de llevar al «Buitre» constantemente en la estela de mi nave, parece ser que el cirujano que me operó no era tan bueno como usted supone y creo que estoy corriendo peligro de muerte con este transmisor debajo de mi epidermis. Le guste o no, tendrá que sacármelo como sea —concluyó rotundamente.

La joven asintió.

Bonder tenía razón: debía proceder a la extracción de aquel aparatito, fuese como fuese, no sólo por la seguridad personal del capitán, sino por la de todos.

* * *

Gardenia estaba muy pálida.

El momento culminante se acercaba.

En el botiquín de la nave había los elementos necesarios para una operación de escasa envergadura. En cierto modo aquélla lo era, puesto que no tenía que intervenir sobre órganos vitales.

Sólo debía levantarla piel y separar algunos músculos. Pero ¿y si interesaba algún nervio de importancia?

Una mano le tomó la jeringuilla que contenía el anestésico.

—Permítame, señorita Fowliss.

Gardenia se volvió. Félix Tevar estaba a su lado y sonreía.

—Usted será mi ayudante —dijo el escritor.

Hasta entonces había pasado punto menos que inadvertido en la nave. Prácticamente, podía decirse que era la primera vez que salía de su cámara y se relacionaba con sus tripulantes.

—Pero usted...

—Existe una larga tradición de escritores que fueron antes médicos y que, fascinados por la atracción que la literatura ejercía sobre ellos, abandonaron a sus pacientes y se dedicaron de lleno a escribir. Yo soy el más modesto de todos los escritores y de todos los médicos, pero hubo un tiempo en que me llamaban «lumbrera del bisturí». ¡Ganas de exagerar, sin duda! —rió Tevar cortésmente.

—Se lo tenía usted bien callado, doctor —dijo Bonder, tumbado boca abajo en una improvisada mesa de operaciones.

—Para administrar una aspirina, que ha sido lo más usado en medicamentos hasta ahora, no me necesitaban a mí —contestó el individuo.

Inclinóse hacia adelante, buscó el punto exacto y clavó la aguja.

—Ya tengo ganas de conocer esa maravilla de la electrónica, capaz de emitir señales de radio a veinte y más millones de kilómetros —dijo, mientras esperaba a que el anestésico hiciera sus efectos.

CAPÍTULO VII

El transmisor quedó al descubierto. Tevar se dispuso a extraerlo con unas pinzas, pero entonces se dio cuenta de que todavía quedaba un finísimo cable en el interior del cuerpo de Bonder.

Levantó un poco el aparatito, no mayor que medio paquete de cigarrillos y mucho más delgado. Gardenia se ocupaba en restañar la sangre que brotaba de la incisión y de sujetar con grapas las arterias seccionadas.

—Es la antena, no cabe la menor duda —dijo Tevar.

De pronto, con gesto súbito, tiró del transmisor, imaginándose la forma en que había sido insertado el cable.

Gardenia suspendió su labor. Con ojos fascinados, contempló la operación. El cable parecía interminable.

—Debe de llegar hasta casi el tobillo, corriendo por la espalda, la cadera, el muslo y la pantorrilla —opinó Tevar—. Sólo así se comprende el formidable alcance de las ondas emitidas por el aparato.

La antena tenía la longitud indicada.

—Pero no se ve ninguna cicatriz —observó Gardenia.

—Emplearían, seguramente, algo que no tenemos a bordo —dijo Tevar —. Celulina para regeneración casi instantánea de los tejidos seccionados.

—Comprendo —murmuró la joven.

Y aquello le explicó la insólita ausencia de Bonder en Sylvanus.

Momentos después, la incisión había sido cosida y procedieron a desinfectarla y a poner vendas que contuvieran la hemorragia. Una vez hubieron terminado, Tevar se lavó las manos y luego se acercó al teléfono interior:

—Señor Conner, tenga la bondad de acudir al quirófano.

Sam apareció casi en el acto. Tevar le entregó el transmisor, limpio y seco.

—Esto es cosa suya, Sam —dijo.

—Inutilícelo primero —ordenó Gardenia—. Luego, si lo cree conveniente, estúdielo a fondo.

—Sí, señorita. Gracias, «doc.»

Luego Tevar miró a la joven.

—El capitán tendrá que dormir unos cuantos días boca abajo —dijo.

—Es fuerte. Resistirá —contestó ella.

—Lástima de celulina —murmuró Tevar—. Podría haber quedado listo en cuarenta y ocho horas.

Gardenia suspiró.

—Me conformo con saber que «El Buitre» ya no podrá seguir nuestro rastro —contestó.

* * *

Una semana después, Tevar se reunió con Gardenia.

Ella observó que el médico escritor aparecía muy preocupado.

—La herida no acaba de cicatrizar —dijo Tevar.

—¿Qué sucede? —preguntó Gardenia.

—Algo que no consigo explicarme. Técnica y teóricamente todo marchó bien en la operación..., pero el período postoperatorio no me satisface.

—Sol artificial —sugirió ella.

—Sí, pero, aunque algo ha ganado, no es suficiente. Todavía hay indicios de supuración.

—Habrá que establecer un drenaje...

—Lo haré, y le aplicaré una dosis aún mayor de antibióticos. Esperemos a que este programa dé resultados.

—¿Y si no los diera? —preguntó Gardenia aprensivamente.

Tevar no quiso comprometerse a dar una respuesta contundente.

—Esperemos —contestó en tono evasivo.

Una semana después, la infección no sólo no había sido contenida, sino que amenazaba con extenderse al resto del cuerpo.

El temor de la mortal septicemia empezó a ganar terreno en las mentes de Tevar y de Gardenia.

—Estoy mal, ¿verdad? —dijo Bonder, cierta vez que el médico escritor se disponía a renovarle el apósito.

—No tan mal como usted cree, pero tampoco todo lo bien que yo desearía, capitán.

—Ésa es otra de las faenas de «El Buitre» —murmuró Bonder—. Es un tipo que no descuida detalle. Debió de pensar que tarde o temprano localizaríamos el transmisor y como sabía que me lo haría extraer, decidió dejarme un regalito en forma de foco infeccioso incurable en este sector de la Galaxia.

Gardenia se consternó.

—¿Usted cree? —preguntó.

—No hay otra respuesta posible..., pero sí conozco la solución —Bonder, tendido boca abajo, hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. Que venga Rico Zilani, el primer piloto. Quiero darle unas instrucciones para tomar tierra en un planeta que no debe de andar muy lejos de donde estamos.

Gardenia obedeció en el acto. Zilani se presentó a los pocos momentos y escuchó con gran atención las indicaciones que daba el joven. Luego, prometiendo cumplirlas, abandonó la cámara, dejando nuevamente a los

tres solos.

—Y ustedes —dijo Bonder— tomen nota también de lo que voy a decirles. Cuando la ciencia médica falla, es preciso recurrir a los procedimientos primitivos, ya saben, emplastos de hierbas y cocimientos de hojas. Le guste o no, tendrá que hacer de curandero, doctor.

—Dígame de qué se trata y lo haremos, capitán —prometió Tevar.

—En mi anterior expedición, tuvimos que aterrizar para reparar la nave, muy deteriorada en la travesía de la Frontera. Uno de los tripulantes se cortó gravemente y la herida se infectó. El botiquín se había ido al cuerno con los zarandeos de las tormentas de gases y no teníamos nada para curarle. Al fin, viendo que se nos iba de las manos, recurrimos al viejo procedimiento de los emplastos de hierbas. Fue maravilloso; en veinticuatro horas, pudo sentarse y comer de todo.

—Vaya —murmuró Tevar—. Eso sí que es estupendo.

—Tendrá que describirnos cómo es esa planta para ir a buscarla —dijo Gardenia.

—Desde luego. Y también les diré que vayan armados, pues en ese planeta hay animales para los que el ser humano es un bocado exquisito. Yo lo sé... por experiencia ajena, créanme.

—O sea que es un planeta que cura, pero que también mata —dijo Tevar.

—Todo consiste en saber tomar la dosis adecuada —sonrió Bonder—. Y ahora, escuchen...

* * *

Los tripulantes de la nave, armados con fusiles psiónicos, desembarcaron como una patrulla de guerra apenas el aparato se posó en el suelo del planeta señalado por su capitán.

Bonder estaba casi inconsciente. La infección le había provocado una fiebre altísima, que le hacía delirar en ocasiones.

El planeta parecía de tipo normal, en relación con la Tierra. Había a lo lejos grandes montañas y se divisaban extensas llanuras onduladas, surcadas por caudalosas corrientes de agua. La nave había tomado tierra cerca de un frondoso bosque de árboles semejantes a las encinas y Bonder, en una camilla, fue sacado al exterior.

Había una estrella de características solares, que proporcionaba una agradable temperatura al ambiente. Bonder fue situado debajo de uno de aquellos árboles. Dubei se situó a su lado, con un rifle al alcance de la mano y una gran vasija llena de agua fresca, con la que, de cuando en cuando, aliviaba su frente atormentada por la fiebre.

Inmediatamente después de aterrizar, Tevar, Gardenia y dos más

decidieron emprender la búsqueda de la planta curativa.

—Y me llevaré a la Tierra unas semillas —prometió Tevar—. Resultarán útiles.

—Y arruinará usted a las fábricas de antibióticos —rió la joven.

Rompieron la marcha, caminando a través del bosque de los árboles parecidos a encinas. Iban en hilera, con los rifles a punto. De cuando en cuando, Tevar se inclinaba y examinaba los matojos que les salían al paso.

Bonder les había dado una indicación aproximada del lugar donde podrían encontrar las hierbas. Al cabo de media hora, salieron del bosque y se encontraron a la orilla de un río de más de quinientos metros de ancho.

La corriente era muy mansa y las aguas azuleaban casi como las de un lago. Bonder había dicho que las plantas curativas abundaban a la orilla de aquel río.

De pronto, Gardenia lanzó un grito:

—¡Aquí, señor Tevar!

El escritor acudió corriendo. Gardenia se hallaba arrodillada junto a un arbusto de unos cuarenta centímetros de altura, de hojas lanceoladas y con flores de color rojizo. Las hojas de la planta tenían una estructura singular: parecían compuestas por carne de color verde. El grosor medio era de un centímetro.

—Venga, Sam —pidió la joven.

El operador de radio había ido con ellos. Dejó su fusil psiónico a un lado, sacó un cuchillo y abriendo la bolsa de lona que había traído a un tal efecto, empezó a cortar las hojas por el punto más cercano a la raíz.

Apenas había cortado media docena de hojas, se oyó un extraño ruido que parecía brotar de las profundidades del río.

Gardenia alzó la vista. Las aguas se arremolinaban furiosamente en el centro. Nacían grandes burbujas y algo, en su interior, provocaba el nacimiento de grandes masas de espuma.

—Cuidado —dijo Tevar a media voz, al mismo tiempo que recogía su rifle—. Sam, siga recolectando hojas.

—Sí, señor.

Gardenia se unió al radio en la tarea. Había numerosas matas de aquella planta y les interesaba alejarse cuanto antes de aquel lugar. Tevar y el otro tripulante vigilaban las aguas del río.

Súbitamente, algo espantoso surgió del seno de las aguas. Gardenia, que miraba en aquel momento, no pudo evitar que un grito de terror se escapase de sus labios.

Era una cabeza horrorosa, que se balanceaba al extremo de un cuello que parecía interminable. A Tevar le recordó un monstruo del pleistoceno terrestre.

La cabeza medía más de tres metros de grosor y tenía unos siete de

longitud. Tenía una extraña cresta en la parte superior y, cosa verdaderamente horrible, disponía de cuatro mandíbulas, situadas una encima de las otras.

—Es como si tuviese dos bocas —dijo Tevar, con el rifle a punto.

—Ya estamos —dijo Sam—. Larguémonos de aquí.

Gardenia se puso en pie.

—Me pregunto cómo habrá advertido nuestra presencia —dijo.

La bestia lanzaba unos rugidos verdaderamente terroríficos.

—Está enojada por nuestra intromisión —apuntó Tevar.

—¿No será que protesta de que le estamos quitando su comida? —sugirió el otro tripulante.

Repentinamente, el animal emitió un espantoso trompetazo que ensordeció a los cuatro astronautas. Luego, dando un enorme salto, se lanzó hacia adelante.

Hendía el agua con la velocidad de una motora deportiva, separando a ambos lados de su cuerpo unas gigantescas masas de espuma. Tevar se dio cuenta de que no tendrían tiempo de escapar.

Si lo que quedaba del cuerpo bajo las aguas correspondía en tamaño con lo que estaban viendo, podía decirse que aquel animal tenía unas dimensiones muy superiores a las del mayor paquidermo terrestre.

Una vez el cuerpo salió parcialmente bajo el agua. A Gardenia le pareció que era el de una pequeña ballena, provista de cabeza y un largo cuello, que oscilaba con furia increíble.

En cuestión de segundos, alcanzó las proximidades de la orilla. La catástrofe parecía inevitable.

CAPÍTULO VIII

Cuatro fusiles psiónicos emitieron a la vez restallantes descargas de proyectiles que se deshacían apenas tocaban el corpachón del monstruo. Las armas podían disparar veinte veces seguidas antes de necesitar recarga y los cuatro expedicionarios no se mostraron remisos en apretar el gatillo.

Eran armas cuyos proyectiles afectaban al sistema nervioso, destruyéndolo casi instantáneamente. Pero en el animal no parecieron causar demasiado efecto, salvo el de refrenar por unos instantes la velocidad de su marcha.

—¡Es invulnerable! —gritó Gardenia, aterrada.

Instantes más tarde, el animal empezaba a salir del agua.

Se movía sobre cuatro pares de patas palmípedas que, no obstante, le permitían una velocidad superior a la de un caballo a galope.

—Es preciso que nos dispersemos —voceó Tevar.

Pero alguno de los cuatro perecería era indudable.

O todos, porque la bestia acabaría por darles alcance inexorablemente.

Su cabeza sobresalía cumplidamente por encima de las copas de los árboles. Los fusiles psiónicos agotaron su carga, sin que el monstruo hubiese refrenado su marcha de manera sensible.

—¡Sólo hay una solución para acabar con él! —gritó Sam, dejando de correr.

Se detuvo a la entrada del bosque y se enfrentó resueltamente con la bestia. Gardenia contempló la escena con la respiración en suspenso.

El animal, como asombrado, se detuvo también un instante, observando con sus enormes ojos esféricos a aquel pigmeo que osaba hacerle frente. Luego, con cierta lentitud, se acercó a Sam, abriendo a la vez sus dos pares de mandíbulas.

Entonces el operador de radio, serenamente, sin perder la sangre fría ni un instante, echó hacia atrás el brazo derecho y luego lo movió en sentido inverso.

Un objeto oscuro, ovoideo, voló por los aires y fue a introducirse en una de las bocas del animal. Sam giró sobre sus talones, dio tres saltos y luego se lanzó de cabeza hacia adelante.

Se oyó una sorda explosión. Dos chorros de humo brotaron en el acto a ambos lados del enorme pescuezo del animal. Su enorme cabezota se agitó a derecha e izquierda, mientras que por los boquetes abiertos por el estallido de la bomba se escapaban torrentes de sangre.

De pronto, el animal se venció, aplastándose contra el suelo. Los expedicionarios contemplaron su agonía a prudente distancia. La cola, larga de más de veinte metros, se agitaba con furiosos chasquidos que, sin

embargo, fueron haciéndose menos frecuentes, hasta cesar del todo.

Luego, de repente, empezaron a brotar de todas partes una infinidad de pequeños animales, no más grandes que conejos, que surgían de sus madrigueras cavadas en el subsuelo. Numerosas placas córneas cubrían casi enteramente su cuerpo y sus gritos y chillidos formaban una algarabía infernal, aturdidora y ensordecedora.

Los animales se lanzaron sobre el cuerpo del monstruo con singular avidez. Gardenia se sintió asqueada.

—¡Vámonos, vámonos de aquí cuanto antes! —exclamó.

Emprendieron el regreso. Momentos después, Tevar se dirigió al operador de radio.

—Sam, si no es por usted, ahora no podríamos contarlo —dijo.

Sam le guiñó un ojo.

—Doctor —contestó—: he seguido el consejo de mi abuelita. «Cuando salgas a herborizar, no te dejes tu bomba de mano en casa. Puedes necesitarla como insecticida.» Así me lo decía siempre y ya ve, los consejos de los ancianos demuestran su rara sabiduría, acumulada a lo largo de los años.

Tevar sonrió.

—Tiene usted un humor excelente, Sam. Gracias por lo que ha hecho —dijo.

—También lo hice por mí, no crea —contestó el operador de radio.

* * *

Kerry Bonder abrió los ojos, se llenó los pulmones de aire, dio la vuelta sobre sí mismo, se sentó en el suelo y gritó:

—¡Tengo hambre!

Gardenia corrió presurosamente hacia él.

—Capitán...

Bonder sonrió.

—Hola, muchacha —dijo—. Tráigame pronto algo de comer o me desmayaré. Encontraron la planta, ¿eh?

Ella sonrió.

—A juzgar por lo que estoy oyendo, posee unas propiedades curativas realmente mágicas. Ahora mismo le traeré de comer, capitán.

Minutos después, Bonder se enfrentaba con el contenido de una bandeja repleta de comida. A mitad de la refacción, llegó Tevar, acompañado de dos tripulantes, los tres cargados con sendas bolsas repletas de plantas curativas.

—Pienso llevarme esquejes y semillas para reproducirlos en la Tierra —dijo, tras saludar al capitán.

Bonder meneó la cabeza.

—Olvídelo, doc. Otros lo hicieron antes que usted y fracasaron. Por las razones que sean, no se puede conseguir que estas plantas crezcan fuera de su planeta nativo.

Tevar hizo una mueca.

—Lástima —dijo—. Pero tal vez extrayendo el jugo...

—Eso no lo probé yo. Inténtelo. Quizá conservándolo en unos tubitos guardados luego en el refrigerador...

—Veremos —dijo Tevar—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Magníficamente. Con ganas de proseguir el viaje.

—Dentro de un par de días, estará listo. ¿Adonde iremos, capitán?

Bonder volvió los ojos hacia Gardenia, sentada en el suelo a poca distancia.

—Hay un par de etapas que cubrir todavía antes de llegar al lugar donde sospecho está el arqueólogo Fowliss. No olvide, señor Tevar, que el fin principal de esta expedición es hallar al padre de la señorita.

—Sí, es cierto. ¿Confía en hallarlo con vida?

Bonder sonrió.

—A menos que haya contraído una enfermedad o sufrido un accidente mortal, estará vivo.

—Pero los indígenas sí son belicosos... —apuntó Gardenia temerosamente.

—No se presentará ese caso —aseguró Bonder—. Hablando claro, si siento algún temor por la suerte de su padre, es debido a alguna posible extralimitación de sus reales funciones de arqueólogo.

—¿Cómo osa suponer que pueda hacer otra cosa? —se indignó la joven.

—Le diré, señorita Fowliss —contestó Bonder sin descomponer el gesto—. La O.C.I.G. también comete errores y en este caso, para los que conocemos el paño, se ha dejado ver el plumero demasiado.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Tevar.

—Sencillamente, que en el planeta al cual nos dirigimos necesitan tanto un arqueólogo como un esquimal necesita un frigorífico. En lugar de haber enviado al padre de la señorita Fowliss, la O.C.I.G. hubiera debido enviar un antropólogo... y eso hubiera cubierto perfectamente el expediente, sin despertar sospechas de nadie.

* * *

De nuevo se hallaban en el espacio, volando hacia su destino.

Los radares barrían un amplísimo campo de hasta decenas de millones de kilómetros. No se advertía la menor señal de nave alguna en aquel sector

de la Galaxia.

—Pero no por ello debemos descuidarnos —dijo Bonder, instalado en el puente de mando—. Es preciso que haya una guardia permanente. Del «Buitre» no me fío yo en absoluto; ese tipo es muy capaz de aparecer cuando uno menos se lo espera.

—Es muy rencoroso —dijo Zilani, el primer piloto.

—Dígamelo a mí —rió Bonder sin entusiasmo—. Me colocó aquel transmisor en la espalda y debía causarme trastornos capaces de matarme, pero no antes de que, siguiendo sus indicaciones, pudiese seguirnos y atravesar la Frontera. Y, si yo lo descubría, como así sucedió, me dejó como recuerdo una infección, que por poco me cuesta la vida.

—En su lugar, yo, cuando volviera a verle, le daría su merecido —intervino Dubei.

—Esperemos a llegar a nuestro destino. Entonces obtendremos mi venganza —contestó Bonder sibilinamente.

Las horas transcurrían con infinita lentitud. Bonder realizaba continuas marcaciones, a fin de determinar el rumbo con toda exactitud.

A cada momento que pasaba, Gardenia se sentía más y más nerviosa. Sabía que Bonder tenía razón.

Ella, ciertamente, había organizado la expedición, pero la ayuda de su tío Herbert, el subdirector de la O.C.I.G., había sido inapreciable. ¿Era cierto que su padre trabajaba también por cuenta de aquella detestada agencia de información, que mangoneaba a su antojo en la mayoría de los mundos habitados de la Galaxia?

Ello le decepcionaba profundamente, dándose cuenta de que había sido un juguete en manos de unos hombres carentes de escrúpulos. Aunque uno de ellos fuese su padre, la verdad no por ello podía ser desvirtuada.

Una voz que sonaba a través del sistema interior de altoparlantes, cortó de súbito sus pensamientos:

—¡Capitán, al puente! ¡Dificultades en el sistema de propulsión!

CAPÍTULO IX

Kerry Bonder examinó con ojo crítico los instrumentos y no tardó en descubrir la posible fuente de avería.

—Llamen a la propietaria —ordenó brevemente.

Gardenia se personó a poco en la cámara de mando.

—¿Capitán?

Borden se enfrentó con ella.

—Señorita, ¿adquirió usted la nave? —preguntó.

—Sí, desde luego. ¿Por qué...?

—Es un aparato nuevo, flamante, del último modelo, el «Sys 30», infalible, según el catálogo —declaró Bonder—. Y el catálogo, además, dice la verdad. No puede fallar..., pero está fallando.

—¿Y bien? —dijo ella.

—La avería es en la cámara C del sistema de propulsión interplanetario. Para que lo sepa, hay allí un motor nuclear.

—¿Y no se puede reparar?

Hubo un momento de silencio. Todos los presentes aguardaban con gran expectación la respuesta del capitán.

—El S.P.I. —dijo Bonder al cabo— no sólo mueve a la nave en espacio normal y a velocidades infralumínicas, sino que, además, proporciona la energía inicial para que entre en acción el S.P.I.E., o sea el sistema de propulsión interestelar. Si falla el primero, falla el segundo también, ¿comprende?

—Sí, capitán, aunque me figuro que una persona competente podrá reparar esa avería.

—Por supuesto, sólo que existen dos inconvenientes a tener en cuenta.

—¿Cuáles son, capitán?

—Primero, la reparación ha de efectuarse en tierra. Segundo, la radiación. El motor nuclear es relativamente pequeño... pero despide radiación, aunque nosotros no la recibimos en absoluto, debido al poderoso blindaje de plomo que nos protege.

—¿Entonces quiere decir que es imposible reparar ese motor, capitán? —preguntó Gardenia, alarmada.

—Lo intentaremos —respondió él—. Pero, además, hay otra cosa.

—Sí —dijo ella.

—El motor ha funcionado perfectamente durante todo el trayecto. Ha sido ahora cuando ha empezado a fallar. Lo cual significa que el que provocó la avería lo hizo aprovechando nuestra etapa dedicada a curarme.

—¡Un traidor! —exclamó Gardenia.

—Justamente, señorita Fowliss.

Un penoso silencio se desplomó sobre la cámara. Los dos pilotos, el navegante y el radio se contemplaban mutuamente, con notoria desconfianza.

—Al menos —habló Gardenia pasados unos instantes de estupor—, podremos descubrirlo y saber por qué lo hizo.

Bonder enseñó las vacías palmas de sus manos.

—Me está pidiendo un imposible —contestó.

* * *

Pisando de puntillas, Bonder llegó ante una puerta y la abrió sin hacer el menor ruido.

Llevaba en la mano una linterna. En la otra tenía un instrumento semejante a una pistola, aunque de cañón notablemente grueso.

El ocupante de la cámara dormía apaciblemente. Bonder movió la pistola varias veces a pocos centímetros de su pecho. Luego encendió la linterna.

—¿Eh? ¿Qué...? —se sobresaltó el operador de radio, despertado súbitamente.

—Levántate, Sam —ordenó Bonder.

—Sí, capitán.

Sam estaba acostumbrado a obedecer. En menos de un minuto estuvo listo.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó.

Bonder sacó una pistola y se la entregó al radio.

—Toma —dijo—. Vamos a ver si encontramos al traidor.

—Sí, capitán, aunque no veo cómo...

Bonder sonrió, a la vez que le enseñaba la otra pistola.

—Este aparatito nos lo dirá sin el menor lugar a dudas —respondió.

Sam comprendió en el acto. Sin añadir una palabra, salió de la habitación detrás de su capitán.

Caminaron en silencio. Todo el mundo dormía profundamente, menos Alec Dubei, de guardia en el puente.

De cuando en cuando, Bonder, con gran sigilo, abría una puerta y asomaba el aparato parecido a una pistola. Al cabo de unos segundos, se retiraba y volvía a cerrar.

Examinaron cuatro cámaras. Cuando abrió la siguiente puerta, el aparato emitió un chirrido.

—Aquí es —susurró Bonder.

Entraron en la habitación. El primer piloto, Rico Zilani, dormía como un tronco.

Bonder acercó a su cuerpo el aparato. El chirrido se acentuó.

—Enciende la luz, Sam —ordenó.

Las tinieblas se alejaron súbitamente. Zilani, asustado, se sentó de golpe en la cama.

—Capitán, ¿qué sucede?

Bonder acercó de nuevo a su cuerpo aquel aparato.

—Es un detector Geiger y está captando la radioactividad de que se impregnó su cuerpo cuando averió el motor nuclear —dijo acusadoramente.

Una palidez mortal invadió la cara de Zilani.

El chirrido del detector continuaba oyéndose. Ante aquella prueba no cabían negativas.

—¿Por qué lo hizo, Rico? —preguntó Bonder sin descomponer el gesto.

—«El Buitre», capitán... Me puso al corriente de sus planes y me dijo que, si usted lograba descubrir el emisor de radio que le permitiría seguirnos, yo debía provocar la avería para darle tiempo a alcanzarnos.

—¿Le pagó mucho, Rico? El sueldo que cobra ahora es muy elevado.

Zilani bajó la cabeza.

—Doscientos cincuenta mil, capitán.

—De nada le servirán, Rico. Usted no tomó las debidas precauciones y ahora está impregnado de radioactividad hasta el tuétano de sus huesos.

—¡No! —aulló el primer piloto, lívido de espanto.

—El detector no miente, Rico —dijo Bonder, impasible.

—Sorensen no me advirtió...

—Debió habérselo pensado antes, Rico. Vámonos, Sam; ya llegará el momento en que hayamos de descontaminar esta cámara.

Zilani parecía loco de miedo. Sin dejar de apuntarle con la pistola, Sam retrocedió hasta la puerta junto a su capitán.

Bonder cerró con doble vuelta de llave. Dentro se escuchó un espantoso alarido.

Luego se oyó una detonación, transmitida a través de los altoparlantes, y una explosión de sonido más bien raro. Los timbres de alarma empezaron a chirriar inmediatamente.

Bonder y Sam se miraron mutuamente. Ambos comprendían lo que había sucedido.

Los tripulantes acudieron a la carrera, atraídos por la alarma de pérdida de presión. Todavía envolviéndose en una bata, Gardenia hizo también acto de presencia.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó.

—Encontramos al traidor. Estaba contaminado por la radioactividad.

—Pero usted me dijo...

—Quería confiarle. Zilani ejecutó su trabajo de la manera más

chapucera posible. Cuando el Geiger señaló la radioactividad de su cuerpo, enloqueció.

—Ha disparado un tiro a la ventana de su cámara. El aire se ha escapado en un santiamén y ha muerto instantáneamente. Esa cámara permanecerá sellada hasta nueva orden, señorita Fowliss.

Gardenia le contemplaba con ojos desorbitados por el asombro.

—¿Por qué lo hizo, capitán?

—La avería nos permitirá aterrizar, pero, si no la reparamos, no podremos elevarnos de nuevo —contestó él—. Así «El Buitre» podrá localizarnos y situarse en nuestra vecindad, para seguirnos luego cómodamente y sin esfuerzo alguno.

—Pero... ¿podremos reparar la avería? —preguntó Gardenia, llena de aprensiones.

Borden suspiró.

—No diré, como antes, que es imposible, pero sí que va a resultar muy difícil... y extremadamente peligroso, además —contestó.

* * *

La nave estaba posada en el suelo, apoyada sobre las patas de base plana de su tren de aterrizaje.

Varios de los tripulantes desatornillaban una de las placas inferiores, precisamente la situada bajo la cámara C del sistema de propulsión. Envuelto en un grueso traje de fibra de plomo, que apenas le permitía moverse, Bonder aguardaba el momento propicio para empezar a actuar.

La nave había aterrizado en un planeta del tamaño de Marte, alumbrado por un sol anaranjado, que emitía una luz más bien mortecina. Estaban en una llanura pelada, casi desértica, cubierto el suelo por unas hierbas muy cortas de color más bien amoratado. A un lado de la llanura y a cosa de dos kilómetros se divisaba un bosque con árboles de forma singular, altos y alargados, de sección casi plana, como tallos de una hierba de gigantescas dimensiones.

El calor apretaba de firme. Dentro de su traje parcialmente aislante, Bonder se ahogaba. Tendría que actuar con rapidez, a fin de evitar un excesivo contacto con el motor radioactivo.

La placa quedó suelta al fin y los astronautas la apartaron unos metros. Bonder atacaba por aquel lado, ya que era el medio más seguro, aunque no el más rápido, de reparar la avería... la que, por cierto, aún no sabía en qué consistía.

Sam trajo una escalerilla metálica y la apoyó en uno de los bordes del hueco. Tevar se acercó al capitán.

—Cuando salga de ahí —dijo—, desnúdese en este mismo sitio. No se

quede encima ni un mal pañuelo, ¿entendido?

Bonder sonrió a través de la espesa máscara de su casco.

—Bien, pero tengan preparados por lo menos unos pantalones cortos para cuando salga... y retiren a la dama —contestó.

Tevar sonrió.

—No se preocupe, capitán. Tendremos eso preparado y, además, agua y jabón en abundancia.

—De acuerdo.

Gardenia contemplaba la escena a corta distancia. Sam tenía en la mano un transmisor portátil, que enlazaba con el del casco de Bonder.

El capitán desapareció dentro de la nave. La tensión atenazaba todos los espíritus.

Transcurrieron quince minutos. Pasó media hora. De cuando en cuando, salían del interior de la nave ruidos metálicos: un martillazo, un golpe de llave inglesa... Gardenia sentía que sus nervios estaban a punto de estallar.

Súbitamente se oyó la voz de Bonder:

—¡Necesito un espejo, el más grande que puedan encontrar!

—Ahora mismo se lo buscaremos, capitán —contestó Sam.

Gyuna y Dubei se precipitaron a la nave en busca del espejo. Gardenia estaba sorprendidísima.

—¿Para qué puede necesitar un espejo? —preguntó.

—Seguramente, para trabajar sin asomarse directamente ál compartimiento averiado —opinó Tevar.

Gardenia empezó a pasearse. Tenía que hacer algo para aliviar la tensión nerviosa a que estaba sometida.

El espejo fue introducido en el vientre de la nave. Transcurrieron treinta minutos más, sin que Bonder diera señales de vida.

De cuando en cuando, Gardenia detenía sus paseos y dirigía la vista hacia la nave. En cierta ocasión, al dar la vuelta, se le ocurrió mirar hacia el bosque de tallos gigantes.

Gardenia parpadeó. Hubiera jurado que, al aterrizar, aquellos tallos estaban a unos dos kilómetros. Ahora parecían hallarse a mil metros solamente.

Una vaga sensación de angustia invadió su espíritu. Bonder habló en aquel momento:

—¡Avería localizada! ¡Necesito un par de metros de cable aislado del mayor grosor posible y un soldador para empalmes!

Sam transmitió la orden. Tevar agarró el aparato de radio y llamó:

—Capitán, soy Tevar. ¿Está en contacto directo con el motor? —preguntó.

—Me encuentro del lado de acá de la pared aislante. Sin embargo, he tenido que levantar parte de la tapa. Por eso empleo el espejo, para actuar

sin exponerme directamente al depósito de material fisible.

—Entendido. De todas formas, dese prisa.

—Sólo se trata de colocar dos cables y soldarlos. Zilani rompió las dos conexiones principales, cortando así el aflujo principal de energía.

—Entendido.

Gardenia volvió a mirar hacia atrás. Sus aprensiones se confirmaron.

Dio unos pasos hacia adelante y tomó el transmisor.

—Capitán, dese prisa o nos quedaremos aquí para siempre —anunció dramáticamente—. En este planeta hay vegetales vivientes y desde que aterrizamos se nos han acercado ya unos mil doscientos metros.

CAPÍTULO X

Gardenia se había retirado ya al interior de la nave. Bonder saltó al suelo por el agujero y, mientras sus compañeros colocaban de nuevo la plancha en su sitio, él, ayudado por Tevar y Sam Comer, se despojó por completo de todas sus vestiduras.

Bonder dirigió la vista hacia los tallos vivientes, algunos de los cuales alcanzaban alturas de diez y más metros. Ahora se hallaban a unos doscientos cincuenta metros y su avance casi podía seguirse con la vista.

La parte superior de aquellos singulares tallos se había estirado un tanto y vibraba con rápidas oscilaciones. Bonder frunció el ceño, intuyendo una terrible amenaza.

Tevar le lanzó una pastilla de jabón y un cepillo de cerdas duras. A su lado, Sam aguardaba con una manguera de goma.

—Enjabónese bien y frótese hasta despellejarse —aconsejó el escritor —. Sam, empiece a soltar agua sin tasa.

—Sí, doctor.

Borden siguió los consejos del médico escritor. El Geiger señalaba en él una cierta radioactividad, pero era mínima. No obstante, era preciso eliminar de su cuerpo toda partícula contaminada. El agua, el jabón y el cepillo fueron usados con liberalidad, sin tasa, como había dicho Tevar.

Los astronautas se ocupaban en soldar la placa, haciendo estanco aquel compartimiento. Sam dirigió la vista hacia los tallos y soltó una maldición.

—Los tenemos ya a menos de cien metros —anunció—. ¡Dense prisa, muchachos!

Los filamentos de la parte superior de los tallos se habían alargado hasta alcanzar una longitud igual. De cada árbol nacía una docena de filamentos, de un grosor medio de un centímetro, los cuales oscilaban rápidamente, agitándose como los tentáculos de un ser viviente.

De pronto, pareció como si los tallos acelerasen su marcha. No se les divisaban extremidades que pudieran llamarse patas, ni siquiera seudópodos, pero el avance continuaba, ahora más rápido que nunca. Los filamentos se estiraron casi otro tanto.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bonder, secándose ya el cuerpo con la toalla —. Si no han terminado, alzaremos el vuelo y nos posaremos en otro sitio para concluir la reparación.

—Ya está, capitán —contestó Gyuna, lanzando al suelo su soldador—. No os preocupéis de las herramientas, muchachos. ¡Todos a la nave!

La retirada se realizó en buen orden, aunque no lentamente. Bonder, vestido solamente con unos pantalones cortos, fue el último en entrar.

Desde la escotilla de acceso, contempló el impresionante espectáculo

que se ofrecía a su vista.

Millares de tallos, de los que partían decenas de miles de filamentos, estaban ya a treinta o cuarenta metros de distancia. Los tallos se inclinaban hacia adelante, como si quisieran facilitar a sus filamentos la captura de su presa.

Un tentáculo se disparó de pronto hacia adelante. Bonder cerró la puerta, justo cuando aquella cinta intentaba penetrar. Un fragmento de un par de decímetros resultó seccionado limpiamente y cayó al interior de la esclusa.

—¡Cuidado, no lo toque! —advirtió Tevar.

Los dos hombres contemplaron fascinados los epilépticos movimientos de aquel trozo de vegetal. La cubierta de plástico del suelo perdió el color en algunos de sus puntos.

—Le abrasaría la mano si lo tocase, seguramente —dijo Tevar—. Si, como me figuro, son plantas carnívoras, ese tentáculo debe segregar jugos digestivos semejantes a ácidos de gran potencia.

—Lo quemaré...

—Déjelo, ya se consume por sí mismo.

El trozo de tentáculo se oscureció rápidamente y se encogió al mismo tiempo. Minutos después, sólo quedaban unas hebras casi negras, que despedían un olor repugnante.

—Habrá que fregar bien el suelo —dijo Bonder.

—Seguro —contestó Sam, que también estaba presente—. Lo fregaremos cuando tengamos agua, capitán.

—¿Eh? —exclamó Bonder, sorprendido.

—Lo siento, capitán, pero gastamos en usted nuestras últimas reservas —contestó el operador de radio—. Ahora ya no tenemos a bordo agua ni para que una persona se lave los dientes.

* * *

Se oyó un grito de júbilo:

—¡Agua a la vista!

Una docena de caras se pegaron a las ventanillas del aparato. La sed empezaba ya a causar daños físicos a los tripulantes de la nave.

Debajo de ellos, a unos seis mil metros de distancia, se divisaba una larga cinta de plata que corría a través de una extensa llanura. Llevaban ya dos días carentes del líquido vital y si no habían sufrido más serios trastornos, se debía a que habían empleado los jugos de las latas de conserva de fruta para saciar la sed, aunque sólo fuese parcialmente.

Gyuna, el segundo piloto, ahora primero por la muerte de Zilani, lanzó la nave hacia aquella corriente de agua que prometía ser su salvación. De

súbito, se oyó el tañido de un «gong» en la nave.

Bonder y Gardenia se miraron un instante. Luego él echó a correr hacia la cámara de mando.

—¡Miklos! ¿Qué sucede? —preguntó al piloto.

Gyuna le señaló una de las pantallas.

—Véalo por usted mismo, capitán —dijo.

Bonder frunció el ceño. Gardenia contempló la pantalla por encima del hombro del capitán.

—¿«El Buitre»? —preguntó ella a media voz.

—no puede ser otro —contestó Bonder.

—Tal vez se trate de alguna nave del planeta donde está mi padre...

Bonder meneó la cabeza.

—¡Imposible!

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—Porque en Pacífico desconocen... mejor dicho, no utilizan la astronáutica. Tiene que ser Sorensen a la fuerza.

—¿Qué haremos entonces, capitán? —preguntó Gardenia.

—Sorensen parece mantenerse a la expectativa. Bien, mientras no nos ataque, no podemos atacarle nosotros. No tenemos constancia definida de que vaya a causarnos daño.

—Tampoco piensa colmarnos de bienes —dijo ella irónicamente.

—Nosotros le servimos de guía —contestó Bonder—. Él, lo único que quiere, es enriquecerse.

—Pero ¿hay aquí lugares donde hacerse rico? —preguntó Gardenia, asombrada.

—Todo depende de la clase de riqueza que uno ambicione —contestó Bonder en tono sentencioso.

De pronto, agarró el micrófono y dijo:

—¡Atención, habla el capitán! Tenemos en pantalla una nave sospechosa, que parece ser la del capitán Sorensen. No creo que vaya a atacarnos, pero debemos permanecer vigilantes en todo momento. En el momento de tomar tierra, saltarán fuera sólo la mitad de los tripulantes.

»Antes de probar una gota de agua, el doctor Tevar la analizará para examinar su grado de potabilidad. Después, como primera y más urgente labor, llenaremos los tanques de reserva. Una vez se haya realizado esta labor, podrán bañarse en el río por turnos, pero cuidando de que no haya animales dañinos en la vecindad. Eso es todo.

Cortó la comunicación y se volvió hacia la joven.

—Para su baño habrá que establecer un turno especial —dijo.

Gardenia se ruborizó.

—Esperaré a que lo hayan hecho todos, capitán —respondió.

*   *   *

Bonder examinó la pantalla.

Arriba, invisible en el cielo del sol anaranjado, la nave del «Buitre» se mantenía obstinadamente fija sobre ellos. Bonder frunció el ceño.

—Tendremos que intentar darles esquinazo —dijo.

—¿De qué forma, capitán? —quiso saber el piloto Gyuna.

—No hay más que una solución: un salto subespacial de dimensiones mínimas.

Gyuna se estremeció.

—Capitán, aquí los astros están tan espesos como los guisantes en un plato de ternera a la campesina —dijo.

Bonder sonrió al oír aquella gráfica comparación.

—No tenemos otro remedio que actuar así, si queremos esquivarles —contestó en el momento en que Gardenia, secándose el pelo con una toalla, entraba en la cámara.

La joven oyó las últimas palabras y preguntó:

—¿Lo conseguiremos, capitán?

—Tengo que intentarlo, señorita Fowliss —respondió él.

—¿Por qué? En ese planeta... Pacífico ha dicho que se llama, deben de poseer armas muy poderosas. Rechazarían fácilmente...

—Mientras me sea posible, quiero que «El Buitre» ignore su posición en el cielo.

Gardenia hizo un fruncimiento de cejas.

—Tiene usted un interés muy... notable por ese planeta, capitán —dijo.

Bonder asintió.

—Mentiría si no respondiese afirmativamente, señorita.

—¿Acaso quiere los tesoros que allí se encuentran para usted exclusivamente? —preguntó ella en tono impertinente.

—Allí, en efecto, hay muchísimos tesoros... uno solo, mejor dicho —repuso él—. Lo que pasa es que no todos sabrán apreciarlo y «El Buitre» menos que ninguno.

—No le entiendo en absoluto, capitán.

—Ya me entenderá cuando hayamos llegado a Pacífico.

—¡Pacífico! —repitió ella—. El nombre es enteramente terrestre.

—Se lo puse yo cuando estuve en él en la anterior ocasión.

—Pero sus habitantes lo llamarían de otra forma.

Bonder sonrió sibilinamente.

—Sí, aunque vinieron en convenir conmigo que el nombre que yo le daba era completamente adecuado a las características del planeta. Y de sus habitantes.

—Ya tengo ganas de estar allí —dijo Gardenia—. Debe de ser un

mundo maravilloso, cuando usted ha accedido a volver a él. Pero —añadió — me imagino que también había otros motivos, aparte de los puramente... geográficos.

Bonder se puso serio de repente.

—Usted ya vio el retrato en mi cámara —dijo secamente.

Gardenia fue a continuar hablando, pero se dio cuenta del cambio de expresión de Bonder y juzgó que lo más oportuno era callar.

«Debe de estar locamente enamorado de esa indígena», pensó, no sin percibir en su interior un sentimiento de envidia muy parecido a los celos.

—Siento haberle molestado —se excusó—. ¿Cuándo zarpamos?

—Inmediatamente —respondió él—. ¿Todo listo, Miklos?

—Sí, capitán.

—Sam, vigila la nave del «Buitre».

—No la perderé de vista, señor —contestó el interpelado.

—Miklos, arriba cuando quiera. Alec —se dirigió al navegante—; vamos a mi cámara para estudiar las características del próximo salto.

—Sí, señor.

CAPÍTULO XI

La nave surgió del subespacio, despidiendo un fortísimo chispazo de descarga de energía remanente. A sus pasajeros les pareció que oscilaba un poco antes de inmovilizarse, de una manera relativa, claro, en el espacio normal.

Era como si hubiesen viajado en una lancha corriente y la embarcación hubiese caído de pronto al agua. Habría oscilado unas cuantas veces y luego hubieran seguido el curso normal sobre la superficie líquida.

Así sucedía al regresar de aquel sector donde no había nada y donde nada podía existir, a un espacio normal, con estrellas y planetas y demás cuerpos celestes. Una brillante ráfaga de luz amarilla iluminó la nave una vez finalizada la transición subespacial.

Los astronautas abandonaron los sillones en que habían permanecido ligados durante aquel período de su viaje. Gardenia fue una de los primeros en llegar a la cámara.

—¿Salió bien, capitán? —preguntó.

Bonder emitió una clara sonrisa.

—Ahí está Pacífico —dijo, señalando un punto con la mano.

Gardenia miró en aquella dirección. Delante de ellos, a una distancia todavía indefinible, se divisaba una bolita plateada que flotaba en el espacio, alumbrada por aquella estrella tan parecida al sol terrestre.

—Conectaré la pantalla telescópica para que pueda verlo mejor —dijo Bonder.

Momentos después, podían divisar en la pantalla indicada un globo de aspecto enteramente normal. Bonder manejó el mando de aproximación y algunos detalles de la superficie se hicieron visibles.

Había mares, océanos, grandes cordilleras y ríos caudalosos. Aunque era un detalle que no se podía apreciar todavía, el planeta daba la sensación de ser muy fértil.

—Es como un paraíso terrenal —dijo Bonder evocadoramente.

—Estoy segura de que, si pudiera, se quedaría allí para siempre —opinó Gardenia.

—No lo sé —contestó él—. La otra vez... tuve que volverme. Fue un regreso que no pude evitar.

—¿Y ahora?

Bonder no contestó. Tenía la vista fija en la imagen que la pantalla reproducía con asombrosa fidelidad en los colores. A Gardenia le pareció que los ojos del capitán estaban húmedos.

«Envidio a aquella mujer», se dijo una y otra vez. Ella no había sido, pese a su belleza, capaz de inspirar nunca un sentimiento de amor tan fiel a

través del tiempo y de la distancia.

Algo rompió el melancólico encanto de aquellos instantes. El piloto Gyuna inquirió:

—¿Cuáles son las instrucciones para el aterrizaje, capitán?

Bonder sacudió la cabeza, como si quisiera alejar de sí ciertos pensamientos.

—Orbitaremos varias veces en torno a Pacífico —respondió—. Sam estará alerta para captar cualquier posible señal de radio. Después... bien, la orden de aterrizaje la daré yo en persona.

—Sí, señor.

—¿Sam?

—Diga, capitán —contestó el aludido.

—No te separes de la radio ni dejes de vigilar los radares. Estoy seguro de que «El Buitre» se ha dado cuenta de nuestra maniobra y tratará de buscamos a cualquier precio.

—Bien, señor.

Bonder se levantó.

—Voy a descansar unos momentos en mi cámara —anunció—. Miklos, avíseme cuando haya cubierto la quinta órbita.

—Sí, señor.

Bonder abandonó la cámara. Gardenia adivinó que no iba a descansar, sino a quedarse a solas con sus pensamientos.

* * *

Un tenue «pip» penetró en la cámara. Sam levantó la cabeza vivamente.

El pitido, corto y sostenido, se repitió varias veces. Los labios de Sam se movieron, como si deletreasen algo en silencio.

Gyuna escuchaba también atentamente. Los «pips» se interrumpieron de pronto.

—¿Has oído, Miklos? —preguntó Sam.

—Sí, es una transmisión en morse —contestó el piloto.

—¿Será el profesor Fowliss?

—Lo más seguro, Sam. Avisaré al capitán para que venga. Tú sigue a la escucha.

Los pitidos volvieron a repetirse según un ritmo bien definido. Ahora Sam ya conocía el completo contenido del mensaje.

Bonder apareció rápidamente en la cámara. Echó un vistazo a Pacífico a través de las lucernas y luego se volvió hacia el operador de radio.

—¿Sam?

El hombre le tendió el papel en que había anotado los signos del alfabeto morse.

—El mensaje captado, señor.

Bonder leyó las palabras escritas en el papel.

—No hay duda —dijo—. Se trata de la expedición del profesor Fowliss.

—¿Cree que corren peligro, señor? —preguntó Gyuna.

—¿Peligro? —Bonder sonrió—. En absoluto. Al menos, en el sentido de daño físico que nosotros lo entendemos. Su nave debe de haber sufrido una avería importante y se hallan imposibilitados de despegar. No obstante, los instrumentos de transmisión están intactos y dispusieron un emisor de radio para lanzar continuamente una señal de socorro, por medios automáticos, sin necesidad de mantener constantemente a un operador ante el aparato.

—Así me lo parece a mí —concordó Sam—. El ritmo de las pulsaciones es siempre el mismo, lo que indica que están grabadas en hilo magnético.

—Y, de cuando en cuando, alguno de los tripulantes de su nave irá a ver si se ha recibido alguna respuesta, que será grabada en otra cinta receptora de funcionamiento asimismo automático. Bien, Sam, diles quiénes somos y anuncia que vamos a tomar tierra. Sigue a la escucha todo el tiempo.

—Sí, señor.

Gardenia entró en la cámara en aquel preciso momento.

—Hemos localizado la nave de su padre —anunció Bonder sin más preámbulos.

Ella se puso una mano en el pecho.

—¿Han tomado contacto con él? —preguntó.

—No, lo siento. Se trata de una señal automática. Ahora vamos a ver si podemos contactar con alguien. De todas formas, no tardaremos mucho en aterrizar.

Ansiosamente, Gardenia preguntó:

—¿Estará vivo mi padre?

—Ya le dije que, si no ha padecido una grave enfermedad o ha sufrido un accidente mortal, no debe tener motivos para padecer por su estado físico.

—Entonces los nativos de Pacífico... son pacíficos también, claro.

—Depende de lo que se entienda por pacifismo, por supuesto —contestó Bonder—. Una cosa hay segura, y se la anuncio anticipadamente: no permitirán que la O.C.I.G. se inmiscuya en los asuntos internos del planeta.

—Yo no he dicho nunca que...

—Dejemos el tema, señorita Fowliss; de lo contrario, no acabaríamos nunca. Ahora búsquese un lugar apropiado para contemplar cómodamente

la maniobra de aterrizaje.

* * *

Estaban a unos mil quinientos metros cuando se oyó una voz ansiosa que brotaba por los altoparlantes del receptor.

—¡Atención, atención! ¡Habla el comandante de la nave «Tarry town»! Estamos anclados en esté planeta y no podemos despegar. Os rogamos, quienesquiera que seáis, que nos prestéis auxilio inmediato. ¡Contestad, pronto, por favor!

Bonder tomó el micrófono.

—Habla el capitán Bonder, comandante de la «Sys 30», en expedición de socorro para la «Tarry town». Capitán, necesito que me conteste a unas preguntas.

—Sí, capitán Bonder... Mi nombre es Andrews... —la voz sonaba con trémolos de ansiedad—. Hace ya veinte años que estamos aquí, esperando...

Bonder se quedó parado un momento.

—¡Veinte años! —repitió.

—Veinte años —dijo Gardenia, aterrada.

—Pero si no hace dieciocho meses que su nave zarpó de la Tierra —alegó Bonder.

—Yo no sé qué pasa aquí, capitán Bonder —dijo Andrews—. Pero nuestros relojes y nuestros calendarios no mienten. Insisto en que llevamos veinte años aquí, en este planeta...

Gardenia agarró de pronto el micrófono.

—Capitán Andrews, soy la hija del profesor Fowliss —exclamó—. Dígame cómo se encuentra mi padre, por favor.

—Su estado es bueno, aunque, lógicamente, se notan ya en él algunos achaques de la edad.

—Pero... si tenía cincuenta y cuatro años cuando salió de la Tierra.

—Lo siento, señorita; ahora cuenta setenta y cuatro. Por fortuna, el clima de este planeta es muy benigno y ayuda a conservar la vida. No tema por él, repito.

Gardenia volvió los ojos hacia Bonder, mirándole con expresión acusadora.

—Eso no me lo había dicho usted —murmuró ceñudamente.

—Soy el primero en saberlo —contestó él. Y recobró el micrófono—. Está bien, capitán; dentro de unos minutos tomaremos tierra.

En voz baja, Sam dijo:

—Tengo localizada una masa metálica que supongo debe de ser su nave.

—Dale a Miklos los datos y que procure aterrizar lo más cerca posible —ordenó Bonder.

—Bien, capitán.

Bonder volvió a hablar a través de la radio.

—Capitán Andrews, procuren situarse cerca de su nave. Eso es todo por el momento.

—Enterado, capitán Bonder. Y muchas gracias.

La comunicación quedó cortada. Lentamente, con paso que indicaba claramente el pesar que le abrumaba, Bonder se encaminó a su cámara.

Tras algunos segundos de reflexión, Gardenia le siguió. Abrió la puerta y le vio sentado ante la mesa, con la cabeza hundida entre las manos.

El retrato de la joven indígena yacía boca abajo. Gardenia comprendió en el acto el choque que había supuesto para Bonder el enterarse de algo de lo que no tenía la menor idea y que derribaba de un soplo todas sus ilusiones.

—Capitán —llamó.

Bonder alzó la cabeza y la miró.

—¿Qué quiere? —preguntó secamente.

—Desearía hablar con usted unos momentos —contestó—. Acerca de esa muchacha a la cual usted amaba tanto y que ahora debe de estar convertida en una mujer madura.

CAPÍTULO XII

Bonder se puso en pie, encendió un cigarrillo y expulsó el humo.

—Nada de mujer madura, sino anciana —contestó.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Sí. El capitán Andrews dice que han estado esperando veinte años. Hace tan sólo dieciocho meses que partieron de la Tierra. Hace algo más de cinco años que yo estuve en Pacífico. Estableciendo la proporción correcta, en Pacífico han transcurrido desde entonces unos cincuenta y tantos años.

—Y... ¿cuántos tenía ella cuando usted la conoció?

—Según su apariencia, unos veintiuno o veintidós terrestres.

—Por tanto, ahora tiene más de setenta; está más bien cerca de los ochenta.

—Así debe de ser —confirmó él.

—Lo siento, capitán. Créame que lamento infinito el derrumbamiento de sus ilusiones.

—No se puede hacer nada contra lo inevitable —dijo Bonder, poniéndose en pie—. Ella... se llama, o se llamaba, todavía no sé si vive, Shella, y no me dijo nunca nada acerca de este diferente discurrir del tiempo en Pacífico.

—Bueno, para los nativos debe de ser un curso normal del tiempo, ¿no cree?

—Posiblemente, así debe de ser. Shella no me dijo nada entonces, por la sencilla razón de que lo ignoraba. No hay otra explicación posible.

Gardenia se alarmó de repente.

—¡Capitán! —exclamó—. Usted... estuvo aquí... una temporada. También debió de envejecer...

Bonder sonrió.

—Escasamente en cinco años, ya que mi estancia rozó solamente los cuatro meses. Pero entonces tenía treinta, y opino debería haber visto aparecer en mis sienes las primeras canas.

—Entonces ¿no envejeció?

—En todo caso, esos cinco años. Pero ahora me doy cuenta de que el cambio del curso temporal está afectado por la nube negra que es la Frontera. El tiempo es distinto a ambos lados.

—Una fractura en las estructuras temporales —apuntó Gardenia.

—Digamos más bien una falla —contestó él—. Una falla no indica rompimiento total, sino deslizamiento parcial de una capa de tierra con respecto a otra, pero sin perder por completo el contacto. Si fuese en realidad una fractura temporal... es muy probable que hubiésemos quedado destruidos y convertidos en polvillo cósmico al cruzar la Frontera.

Gardenia asintió.

—Tal vez sea como dice —respondió.

Y, en aquel momento, la nave se estremeció ligeramente.

Bonder volvió la cabeza y miró a través de la ventana de su cámara.

—Hemos tomado tierra —anunció.

* * *

Saltaron al suelo, cubierto de una espesa capa de césped. La temperatura era sumamente agradable y el cielo se veía azul, con algunas nubes blancas, redondas, que se desplazaban lentamente.

Varios hombres corrían hacia ellos. Sus ropas aparecían destrozadas y todos tenían el pelo casi blanco y muy largo.

—¡Amigos, amigos! —gritaban.

Bonder y Gardenia se adelantaron a su encuentro.

—¿Capitán Andrews? —dijo Bonder.

—Soy yo —dijo un sujeto de unos setenta años, cuyos hombros empezaban ya a encorvarse—. No saben cuánto nos alegramos de que, por fin, lleguen unos compatriotas...

—Le presento a la señorita Fowliss —dijo Bonder—. Está ansiosa por hablar con su padre.

—Diré a uno de mis hombres que la acompañe. El poblado indígena, que es donde nosotros vivimos, está a menos de dos kilómetros de distancia, al otro lado de aquellas colinas.

—Iré yo sola, capitán Andrews —declaró la muchacha—. Tengo entendido que los nativos no son hostiles.

Andrews dirigió a la joven una curiosa mirada.

—Sobre eso, habría mucho que hablar —contestó—. Pero desde luego no le harán daño. Puede ir perfectamente sin compañía, si así lo desea; además no hay animales salvajes.

Gardenia vaciló un momento. Luego dijo:

—Gracias, capitán Andrews.

—Nuestras cabañas son algo distintas de las construidas por los nativos —indicó Andrews—. En estos momentos, sólo su padre ha quedado en la suya, señorita Fowliss.

Gardenia rompió la marcha sin más palabras. Borden y Andrews quedaron frente a frente.

Los tripulantes de las dos naves charlaban alborotadamente entre sí. Andrews se pasó una mano por los labios y miró a Bonder.

—Capitán, hace años que agotamos nuestras provisiones terrestres. No le pediré una copa de licor ni una taza de café, sino... ¿Tiene usted un cigarrillo?

Bonder se echó a reír. Sacó un paquete y se lo entregó al veterano astronauta.

—Quédeselo, capitán —dijo—. A bordo tenemos provisiones suficientes. Y, dígame, ¿qué tal se han portado con usted los indígenas?

Andrews demoró la respuesta hasta haber encendido el cigarrillo. El humo le hizo toser fuertemente y, con gesto lleno de rabia, arrojó el cigarrillo al suelo.

—¡Maldita sea! —juró—. Me sabe a demonios.

Bonder recuperó el paquete.

—¿Cómo quería que le supiera, después de veinte años sin fumar? —dijo—. Le hice antes una pregunta, capitán.

—La respuesta es: mal. Pésimamente mal, colega. No nos han causado daño físico, pero cada vez que queríamos hacer algo conforme a nuestros gustos...

Andrews se pasó una mano por la frondosa barba que le llegaba casi al pecho.

—¿Ha estado usted antes en este condenado planeta, capitán Bonder?

—Sí, desde luego.

—Entonces no necesita que le explique cómo van aquí las cosas.

—Es que yo no vine con una patrulla de la O.C.I.G.

Hubo un momento de silencio. Andrews le miraba fijamente.

—Así que ya lo sabe, ¿eh?

—Por supuesto, capitán Andrews. Es un disparate enviar una expedición arqueológica a un mundo en el que no hay un solo monumento de piedra, ladrillo o de otra materia, digno de estudio. Sencillamente, son materiales que jamás se han empleado aquí.

Andrews torció el gesto.

—La cosa habría marchado bien, de no habérsenos estropeado la nave —masculló—. Me refiero al regreso, claro.

—¿Pensaban volver pronto? —preguntó Bonder.

—Bueno, lo cierto es que antes de un año el profesor Fowliss se convenció de que aquí no había nada que hacer con estos salvajes. Entonces fue cuando nos dispusimos a zarpar... y nos encontramos con la avería.

—Si podemos repararla con los medios de que disponemos a bordo, se volverán en la «Tarry town». En otro caso, en nuestra nave hay sitio de sobra.

—Gracias, capitán Bonder. La verdad es que empiezo ya a estar harto de estos bárbaros.

Bonder miró fijamente a su interlocutor.

—Andrews, ¿de veras cree que son tan bárbaros y salvajes como usted dice? —preguntó.

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Viven en chozas de paja, van semidesnudos, no tienen libros, apenas encienden fuego salvo en los períodos más crudos del invierno, no cazan, no consumen carne... Si eso no es ser salvajes ya me dirá usted lo que es, Bonder.

—¿Les han causado algún mal? ¿Les han atacado o negado auxilios o encerrado en alguna cárcel o sometido a esclavitud o a trabajos forzados? ¿Han emprendido expediciones bélicas contra algunas tribus vecinas? Si alguno de ustedes ha estado enfermo, ¿se han negado a curarle?

—¡Rayos, no, capitán, nunca han hecho nada de lo que usted ha mencionado! —reconoció Andrews—. Es más, en alguna ocasión, varios de nosotros han estado gravemente enfermos y ellos, los salvajes, por no sé qué misteriosos procedimientos, los han hecho sanar en pocas horas.

—Incluso apostaría que más de uno de sus tripulantes ha decidido quedarse a vivir aquí para siempre, ¿no es eso?

—Sí —admitió Andrews de mala gana—. Pero son gente muy inteligente, lo comprenden todo en el acto, poseen una gran sensibilidad, son de carácter dulce y apacible... Podrían llegar muy alto si quisieran, pero no quieren, capitán Bonder. Viven continuamente en esa especie de estado de semibeatitud que...

Bonder sonreía.

—Andrews, ¿no le parece que «ya han llegado a lo más alto»? —dijo.

El capitán de la «Tarry town» se quedó parado.

—¿A qué se refiere usted, colega? —preguntó.

Bonder meneó la cabeza.

—No me comprendería, como no ha comprendido al cabo de veinte años de estancia en Pacífico —contestó. Puso la mano en el hombro de su colega—. Entre en mi nave y tomaremos juntos una buena taza de café. Incluso le echaremos un largo chorro de un escocés que tengo para las ocasiones solemnes..., como, por ejemplo, el rescate de una expedición perdida.

Los ojos de Andrews brillaron de súbito.

—Me está poniendo los dientes largos, capitán Bonder —dijo—. ¡Vamos allá!

Mientras entraban en la nave, Bonder se dijo que ni Andrews, ni muchos de los que con él habían viajado, podrían comprender jamás a los nativos de Pacífico. Desconfiaba, incluso, de que el propio Fowliss, el padre de Gardenia, hubiese llegado a comprenderlos también.

* * *

Dejando a Miklos Gyuna que enseñara la nave y sus recovecos a Andrews, Bonder caminó lentamente sobre la pradera, dirigiéndose al

poblado nativo. Media hora más tarde, le dio vista desde lo alto de una loma suavemente redondeada.

Detúvose un momento en la cima del altozano. El pecho le dolía y no sólo físicamente. Habían sido cuatro meses de dicha absoluta, como jamás había gozado hasta entonces. Por muchos años que viviera, se dijo, nunca podría olvidar a la hermosa Shella.

El poblado era muy grande, pero más lo era todavía el bosque bajo el cual se protegía. Los árboles eran altísimos, con troncos de veinte y más metros y copas con ramajes en consonancia. Las cabañas eran de pequeños troncos, sujetos con lianas y techos cónicos de bálago.

No había orden ni concierto en la situación de las cabañas, salvo el hecho de que entre ellas quedaba el suficiente espacio para caminar sin agobios. Muchos de los nativos, obedeciendo a su capricho, las habían construido en las copas de los árboles y se veían bastantes puentecillos hechos de tablas y cuerdas de fibra vegetal que iban de árbol a árbol para facilitar el camino de una a otra cabaña.

Pero el hecho de que la edificación careciese de simetría no quería decir que hubiese desorganización. Para un observador atento, como era Bonder, aquella anarquía obedecía a un fin específico, beneficioso para los indígenas: una libertad absoluta, en el más alto sentido de la palabra, sin que ello implicase el menor perjuicio para los demás.

El río, ancho, caudaloso, pasaba a pocos cientos de metros del bosque, envolviéndolo con una gran curva de plata. Un brazo se separaba más arriba y, serpenteando entre la pradera, cruzaba la aldea casi por su centro, facilitando así el aprovisionamiento de agua en toda época.

Más a lo lejos, se veían campos cultivados y árboles frutales. Al otro extremo de la llanura, a casi veinte kilómetros de distancia, se divisaba una cadena montañosa, cuyos dientes de sierra aparecían pintados de un blanco resplandeciente.

Bonder lanzó un profundo suspiro. Parecía increíble que hubiesen transcurrido cincuenta y tantos años desde su primera llegada. El paisaje no había variado en absoluto, salvo por el hecho completamente natural de haber aumentado el número de cabañas.

Emprendió el descenso. Aquél era el mundo en que le hubiera gustado volver a vivir... y del cual huyó cobardemente. Ahora regresaba y lo hacía con la íntima sensación de una existencia vacía, frustrada, sin objetivo alguno definido.

Poco después alcanzó las primeras hileras de cabañas. Las de los terrestres, pese a ser similares a las de los nativos, se diferenciaban claramente de éstas. Eran un poco mayores y su construcción ofrecía un menor esmero. A fin de cuentas, cuando un nativo emprendía la edificación de su vivienda lo hacía sabiendo que tenía por delante de sí todo el tiempo

que quisiera.

Era el país de la calma. Allí no había nunca prisa; era algo que no se conocía.

Se asomó a una cabaña. Estaba vacía, en desorden y sucia. Incluso olía mal.

—Se nota que viven terrestres aquí —dijo, torciendo el gesto.

La siguiente cabaña parecía la mayor de todas. Bonder se asomó. Gardenia y su padre, sentados en sendas esteras, conversaban un tanto excitadamente.

Manuel Fowliss tenía al lado una mesita baja, con numerosas cuartillas sobre las que era indudable había estado escribiendo algo, posiblemente, redactando un diario de sus experiencias en Pacífico. Gardenia le vio entonces y se sobresaltó ligeramente.

—¡Capitán! Entre, por favor —invitó con acento cordial.

CAPÍTULO XIII

El profesor intentó levantarse, pero Bonder no se lo permitió.

—Me sentaré con ustedes —sonrió—. ¿Cómo lo ha encontrado? —se dirigió a la joven.

—Con veinte años más, pero fuerte y sano —respondió ella.

—Es un país maravilloso —dijo Fowliss—. Si no fuera por...

—Por ciertas peculiaridades de sus habitantes, ¿no es cierto? —sonrió Bonder.

—En efecto, capitán —respondió el arqueólogo—. ¡Qué ejemplares más estupendos para su estudio por un antropólogo!

Bonder miró a Gardenia. Ella se ruborizó. En silencio, él le decía: «¿Lo está viendo?»

—Mucho me temo que no permitiesen ese estudio, al menos, en la forma que usted trata de sugerir, profesor —dijo sonriendo—. Pero también se les puede estudiar sin necesidad de ser antropólogo; basta, simplemente, convivir con ellos y adaptarse por entero a sus costumbres.

—Sí —suspiró Fowliss—, y eso es lo que, en medio de todo, hemos tenido que hacer. Pero nuestras costumbres son también muy difíciles de desarraigar. Hemos tenido peleas, disputas... no ha faltado quien se ha dedicado a destilar licores de los frutos...

—Algunos, incluso, habrán intentado agredir a los indígenas.

—Más de una vez, lo reconozco, capitán.

—¿Y ellos no respondieron, papá? —preguntó Gardenia, llena de curiosidad.

Fowliss miró a su hija.

—No lo permitieron, muchacha —contestó.

—¿Cómo...?

Bonder sonrió.

—No hacen daño a nadie, pero tampoco permiten que nadie se lo haga a ellos —expresó.

—¡Pero yo no he visto un arma en sus manos!

—Disponen de una, la más poderosa de todas, señorita Fowliss.

—¿Cuál es, capitán?

Bonder se señaló la cabeza con el dedo índice.

—Está aquí, debajo de los huesos del cráneo. La mente.

Gardenia abrió la boca desmesuradamente.

—¡Dios mío! —murmuró—. Entonces son...

—Telépatas y todo lo que usted quiera decirles.

—Y su poder de la mente es tal, que podrían levantar fácilmente una de nuestras naves, cuanto más el cuerpo de una persona.

Bonder se volvió hacia el padre de Gardenia.

—¿Qué sucedió cuando alguno de los tripulantes de la «Tarry town» intentó agredir a un nativo?

—Simplemente, el nativo lo rechazaba sólo con mirarlo —respondió el arqueólogo—. En ocasiones, arrojaban al suelo al agresor y dos veces, en que el atacante se mostró particularmente violento, fue mantenido en tierra durante largas horas.

—¡Oh! —exclamó Gardenia, asombradísima.

—Así sucedió, hija, y el atacado se marchó y no se preocupó más de su agresor, quien no pudo moverse durante el tiempo marcado, aunque el nativo objeto de su ataque estuviese a decenas de kilómetros de distancia. Incluso durante la noche uno o dos tripulantes intentaron vengarse, pero sus esfuerzos resultaron asimismo infructuosos.

—Es asombroso —dijo la muchacha.

—Al cabo del tiempo, se llegó a la convicción de que los nativos eran invulnerables y los dejamos en paz. Entonces fue cuando algunos de los tripulantes de la «Tarry town» entendieron que aquí se vivía como en ninguna parte, tomaron esposa... y ya no volverán a la Tierra.

Gardenia volvió los ojos hacia Bonder. El capitán entendió el significado de aquella mirada, pero mantuvo su rostro sin expresión.

—Lo cual —dijo Bonder unos segundos después— le habrá hecho saber que el establecimiento de una agencia de la O.C.I.G. en Pacífico es materialmente imposible, ¿no es cierto?

Fowliss se turbó.

—¿Cómo lo sabe usted, capitán? —preguntó.

—Tiene motivos para ello, papá —indicó Gardenia—. Y ninguno de agradecimiento hacia tu hermano Herbert.

—Lo siento —dijo el arqueólogo—. Yo...

—No se disculpe, profesor —sonrió Bonder—. Espero que su informe sea lo suficientemente explícito para que la O.C.I.G. desista de poner su zarpa dominadora en Pacífico. Este planeta es un paraíso y nadie debe turbar la paz de sus habitantes.

* * *

Poco después, Bonder y Gardenia salieron a pasear.

Cruzaron el brazo del río por un liviano puentecillo de tablones. Los nativos les contemplaban con moderada curiosidad, sin dar muestras de hostilidad.

En general, eran gentes bien proporcionadas, de pelo oscuro en su mayoría y piel bronceada. Incluso los más ancianos poseían una dignidad y una expresión serena como Gardenia no había visto jamás en otras

personas.

La indumentaria era de fibra vegetal, muy sucinta. Gardenia no dejó de observar el detalle.

—Parecen vivir en estado paradisíaco, esto es, no conocen el bien ni el mal, pero el ir vestidos delata un sentimiento de pudor, lo cual, a fin de cuentas, es defensa del daño que recibirían si se les viese sin ropa.

Bonder sonrió.

—La ofensa no está en ellos, sino en nosotros, los extraños a su mundo. Por eso se defienden vistiendo trajes que cubren sus cuerpos.

Gardenia se puso colorada.

—Eso quiere decir que hubo un tiempo... en que no llevaban ropa de ninguna clase —exclamó.

—Bueno, en invierno siempre se necesita algo de abrigo —contestó Bonder—. Aunque los inviernos aquí son muy benignos y raramente se conocen las nieves.

—Y no se hacen jamás daño unos a otros.

—No. Nunca. Yo no he conocido un caso... y su padre, como seguramente le habrá dicho, tampoco. Su libertad es absoluta, pero el respeto hacia los demás no lo es menos. Y así cualquier conflicto resulta totalmente imposible.

Gardenia se quedó sumamente impresionada por aquellas palabras.

—Realmente, podría decirse que viven aquí, como Adán y Eva antes de su caída —murmuró.

—En cierto modo, aunque la verdad es...

Bonder se interrumpió súbitamente.

Gardenia, asombrada, se volvió para mirarle. Bonder estaba terriblemente pálido y sus miembros se agitaban con un temblor convulsivo.

En el primer momento, llegó a temer que le ocurriese algo, pero no tardó en darse cuenta de que el capitán había visto algo. Siguió la dirección de su mirada y divisó a una esbelta muchacha que parecía caminar hacia ellos.

—¡Shella! —exclamó Bonder.

La nativa se detuvo y les miró.

Era alta, espigada, sumamente esbelta, de larga cabellera castaña y ojos grandes, de pupilas oscuras. Una ligera sonrisa se dibujó en sus rojos labios al ver al terrestre.

—Es... increíble —murmuró Bonder—. ¿Cómo ha podido conservarse así al cabo de más de medio siglo?

La joven se les acercó.

—Te conozco —dijo con voz suave y cantarina—. Tú eres Kerry, el enamorado de mi abuela. Ella me ha enseñado tu imagen mentalmente

infinidad de veces. Estás un poco cambiado, pero eres el mismo.

Bonder sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Entonces tú... no... —balbució.

La nativa hizo un gesto denegación.

—No. Yo soy su nieta. Ella tomó esposo tiempo después de haberte ido tú de nuestro mundo. Tuvo tres hijos: yo soy hija del menor de los tres y me llamo Adaia.

Bonder se pasó una mano por la frente.

—¿Entonces Shella ha muerto?

—No. Precisamente me había enviado en tu busca. ¿Quieres verla? Ella dice que sería interesante que hablarais los dos —Adaia se volvió hacia la terrestre—. Tú puedes venir también, si lo deseas.

—Desde luego —aceptó Gardenia.

Adaia dirigió una animada sonrisa al aturdido Bonder y luego, cogiéndole de la mano, dijo:

—Ven, sígueme. Tú también, extranjera.

Adaia les guió a través de lo que parecía ser un intrincado laberinto de cabañas hasta detenerse ante una que parecía algo mayor que las restantes. La puerta, amplia, estaba abierta, pero la penumbra interior no permitía apreciar bien los detalles.

—Pasad —invitó Adaia.

Gardenia entró en primer lugar. Bonder la siguió en el acto.

Había una mujer en el rincón más oscuro. Sus facciones resultaban casi invisibles. No obstante, Gardenia pudo apreciar que todavía conservaba buena parte de su primitiva esbeltez.

—Has vuelto, Kerry —dijo la nativa al cabo de unos momentos de pausa.

—Sí. Estoy aquí y te pido perdón por...

Shella hizo un gesto con la mano.

—No es necesario que te disculpes, Kerry. Hiciste lo que creías era mejor para ti. Sabes de sobra que, si yo hubiese deseado retenerte, me habría resultado muy fácil.

Bonder bajó la cabeza.

—No sabes cuánto me arrepiento...

—¿Por qué? —rió suavemente la nativa—. Casi desde el primer momento supe que un día acabarías por marcharte de este mundo al que tú diste el nombre de Pacífico. Y no entré en tu mente, pudiéndolo hacer, créeme. Pero se te veía con toda claridad.

—Y, a pesar de todo, me aceptaste como...

Shella sonrió dulcemente.

—Estabas necesitado de afecto. A fin de cuentas, soy también una mujer y aunque sabía que te ibas a marchar, una mujer enamorada, como lo

era yo en aquel momento, no pierde jamás la esperanza.

—Hubiese querido volver antes —dijo Bonder—, pero me resultó materialmente imposible. Nuestro... sistema de vida es muy diferente. Aquí no necesitáis ni conocéis el dinero; nosotros sí... y yo no lo tenía.

—Lo sé, Kerry —dijo Shella.

Bonder respingó.

—¿Cómo...? Tú sabes que yo me llevé de aquí... algo que podía proporcionarme enormes sumas de dinero...

Shella sonrió en la penumbra. Alargó la mano y enseñó algo que cortó la respiración a Gardenia.

Era un rubí como el puño. Apenas cabía en la mano de la nativa.

—Te llevaste unas cuantas piedras como ésta —dijo—. Yo hubiera podido prohibírtelo, pero permití que te las llevases. ¿Qué sucedió con las piedras?

—Se convirtieron en polvo apenas cruzada la Frontera —murmuró Bonder, rojo de vergüenza.

—Fuera de Pacífico, no sirven para nada —Shella dejó caer el rubí al suelo con gesto indiferente—. Y aquí tampoco.

—Es increíble —musitó Gardenia.

—Shella —dijo Bonder—, siento mucho lo ocurrido. Si pudiera hacer algo para compensarte...

—¿Por qué? —dijo la nativa—. No he sido tampoco una infeliz. Me acomodé a mi nueva situación, una vez te hubiste marchado, y he logrado ser muy dichosa. Y sigo siéndolo, créeme.

—No sabes cuanto me alegro —manifestó él—. De todas formas, he vuelto porque... porque hay ciertas personas que querían turbar la paz de este mundo. Vine dispuesto a ayudaros...

Shella sonrió.

—¿Crees que podrían dañarnos? —preguntó.

—Indudablemente, no, pero...

—Mi padre era el director de esa expedición, señora —terció Gardenia —. Yo le ruego le disculpe y me disculpe a mí también.

Shella dirigió a la joven una mirada de simpatía.

—Gracias, muchacha. Tú tienes buenos sentimientos. Serás feliz —contestó—. Kerry, ¿puedo preguntarte si vais a estar mucho tiempo en Pacífico?

—Tenemos que examinar la avería de la otra nave. En pocos días sabremos si podemos repararla o no. Entonces nos marcharemos inmediatamente.

—Lo siento —dijo Gardenia—. Para nosotros, la estancia aquí no es muy beneficiosa desde un determinado punto de vista.

—Comprendo —dijo Shella—. Nuestro tiempo transcurre aquí con

mayor celeridad que el vuestro, pero es sólo una sensación subjetiva y externa. Interiormente, sin embargo, los resultados son muy distintos.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Bonder.

Shella emitió una misteriosa sonrisa. Luego dio un par de pasos y se situó en un punto más iluminado.

Gardenia exhaló un grito de asombro. Bonder creyó que se quedaba sin aliento.

Ciertamente, se notaba la madurez física de la nativa, pero en la Tierra hubiese aparentado menos de cuarenta años. Incluso muchas jóvenes terrestres habrían sentido envidia de la serena hermosura de Shella.

—Es increíble, increíble —murmuró Gardenia.

Shella dirigió a Bonder una larga mirada. Era un silencioso reproche que el terrestre entendió sin necesidad de palabras.

CAPÍTULO XIV

Hubo una pausa de silencio. Gardenia lo rompió, diciendo:

—Pero los terrestres que se quedan aquí...

Shella hizo un ligero movimiento de cabeza.

—El tiempo transcurre para algunos de ellos de la misma manera que para nosotros —dijo—. Sólo se necesita acomodar la mente a su nueva existencia y desechar prejuicios y hábitos nocivos.

—En suma, convertirse en uno de vosotros.

—Justamente. Y aquel que no ha querido o se ha sentido lo suficientemente sincero para ser un habitante más de Pacífico, ha visto que sus días transcurrían con la normalidad adecuada a su origen, sin que en ellos se haya retrasado el envejecimiento, salvo por las causas naturales del excelente clima de Pacífico. Los otros, limpios de mente y de corazón, ya son unos más de nosotros y su proceso de envejecimiento será análogo al de un nativo.

Bonder hizo un signo de asentimiento.

—Por lo visto, yo no pude —dijo.

—Careciste de suficiente fuerza de voluntad —acusó Shella blandamente—. Tu espíritu es un tanto inquieto, versátil; sólo cuando te hayas aquietado, hallarás la felicidad.

Gardenia entendió que la entrevista tocaba a su fin.

—Hemos aprendido mucho —dijo—. Tenemos que irnos de aquí, pero tendremos en cuenta la lección —dirigió una mirada al rubí, que centelleaba en la penumbra del fondo—. ¿Hay muchos más como ése en Pacífico?

—Todos los que puedas imaginar —respondió Shella.

Gardenia meneó la cabeza.

—No los tocaré —prometió.

Un hombre entró bruscamente en la cabaña. Era alto, musculoso, de ademanes reposados. Contempló a los extraños con mesurada curiosidad.

—Mi esposo —dijo Shella, cogiéndole de la mano.

El nativo sonrió. Bonder le miró un instante. Ahora sabía que Shella era dichosa.

—Adiós —dijo solamente.

Salió de la cabaña y elevó la vista al cielo. El sol de Pacífico se dirigía hacia el ocaso.

Gardenia se le unió instantes después.

—Un mundo maravilloso —musitó—. Tenía usted razón en no desear la intervención de la O.C.I.G., capitán.

—Aunque ellos no hubieran sabido defenderse de por sí, establecer una

agencia de la O.C.I.G. habría sido manchar este planeta... un cubo de basura en un montón de nieve.

—Sí, capitán, exactamente.

Cuando llegaron a la cabaña donde se alojaba el profesor, oyeron desde la puerta una viva discusión.

—Le digo que todo es cuestión de paciencia, señor Tevar —decía Fowliss—. Llevo veinte años estudiando a los indígenas. Les conozco a fondo. Con mi procedimiento, no sería nada difícil instalar aquí la agencia.

—Lo siento, profesor; yo no puedo...

Gardenia se indignó.

Separándose de Bonder, irrumpió en la cabaña.

—¡Papá! ¿Es cierto lo que he oído? ¿Aún insistes en tus propósitos? —exclamó coléricamente.

—Hija, no te metas en las cosas de los hombres —rezongó el arqueólogo.

—Lo que quieres hacer es un crimen. ¿Es que veinte años no te han enseñado nada acerca del espíritu de los nativos? ¿No has podido ver su limpieza de alma y su generosidad? ¡Lo que pretendes es, so capa de traer aquí la civilización, destruir el planeta.

—La Oficina Central de Información...

—Una cuadrilla de vampiros, empezando por el tío Herbert, y de la que me avergüenza formes parte.

—Estás impregnada de slogans demagógicos —dijo Fowliss pedantescamente.

—Digo la verdad...

—¿Dónde está la verdad? ¿En estos salvajes semidesnudos o en nuestra civilización, extendida por toda la Galaxia?

Bonder se fijó en Tevar. El médico escritor parecía pasarlo en grande con aquella discusión.

—Cada uno tiene su verdad y el otro debe aceptarla —dijo Gardenia—. Todos debemos aceptar la verdad del otro y éste la nuestra. Ellos quieren seguir viviendo así. ¿Por qué destruir su felicidad?

Fowliss arrugó el entrecejo.

—No me gusta tu actitud, hija. Quisiera tener más autoridad para encerrarte hasta que el señor Tevar y yo hayamos llegado a una decisión. Si el capitán Bonder quisiera...

Bonder se sentía también muy divertido.

—Me lavo las manos, profesor —dijo—. Además ella es la propietaria de la nave. Dado que no ha cometido ningún delito de amotinamiento...

Tevar intervino súbitamente.

—El problema está zanjado —manifestó—. No se establecerá aquí ninguna agencia de la O.C.I.G.

—¿Con qué autoridad...? —protestó indignadamente el padre de Gardenia.

Tevar se puso en pie sin descomponer el gesto.

—Soy el director general de la Oficina Central de Información de la Galaxia. Consideré oportuno juzgar los hechos por mí mismo y he llegado a una conclusión. Ya está expresada, profesor.

* * *

—La avería de la «Tarry town» es irreparable —informó Gyuna—. Sus tripulantes tendrán que viajar con nosotros.

—Hay sitio de sobra. Además siete u ocho de ellos se quedan a vivir aquí.

Gyuna sonrió maliciosamente.

—No son sólo tripulantes de la «Tarry town» los que se quedan, capitán —dijo—. Por lo menos, dos de los nuestros han anunciado una decisión semejante.

Bonder suspiró.

—No se les puede reprochar —contestó—. Si yo pudiera, haría lo mismo, Miklos.

El piloto bajó la voz.

—Capitán, ¿es cierto lo que dicen? El lecho del río está sembrado de rubíes y guijarros...

—Vaya y compruébelo usted mismo, Miklos —aconsejó Bonder—. Llene un saco y cárguelos en la nave. Cuando haya repasado la Frontera, se encontrará que el saco está lleno de polvo.

Gyuna hizo una mueca.

—¡Pues sí que es un consuelo! Y yo que pensaba...

—La riqueza de Pacífico no es material, Miklos —dijo Bonder sentenciosamente.

Tevar se les acercó en aquel momento. Discretamente, Gyuna saludó y se fue.

—¿Qué le ha parecido mi decisión, capitán? —preguntó el médico escritor, ofreciéndole un cigarrillo.

Bonder rechazó la oferta.

—Gracias, señor —dijo—. Su decisión es plenamente acertada.

Tevar paseó la mirada a su alrededor.

—He tenido toda la noche para reflexionar. Confieso que lo dije casi impulsivamente, pero cuanto más lo pienso, menos me arrepiento de lo que resolví. No, Pacífico no puede ser contaminado por una agencia nuestra.

Expulsó el humo.

—Y Gardenia tenía razón en lo que dijo —agregó—. He accedido hace

poco al cargo de director general. Me propongo hacer una limpieza a fondo —miró al astronauta—. Necesitaría hombres como usted, capitán.

—Me lo pensaré —sonrió Bonder—. Gracias por la estima que me demuestra, pero la O.C.I.G. tiene una fama pésima. Costará años recobrar el buen nombre.

—Por eso debemos empezar inmediatamente, ¿no cree?

—Sí, y será una buena labor. Pero no puedo garantizarle aún mi colaboración.

Tevar le miró intencionadamente.

—¿Depende, tal vez, de la señorita Fowliss?

Bonder demoró la respuesta unos segundos.

Inexplicablemente, el dolor que había sentido a su llegada a Pacífico se había calmado. Si en algún momento llegó a sentir celos porque Shella hubiese podido encontrar la felicidad junto a otro, aquel sentimiento había desaparecido ya de su ánimo.

—Es algo que no he tomado todavía en consideración, señor —respondió.

—Pues ya es hora de que empiece a pensárselo, capitán, porque ella le mira con ojos de carnero degollado cada vez que se tropieza con usted —dijo Tevar con sorna.

Dio unos pasos y se volvió.

—No deje de comunicarme su decisión... cualquiera que sea, capitán.

—Así lo haré, señor —respondió Bonder, rojo como una guinda.

* * *

Algo duro se hundió en sus riñones, despertándole súbitamente.

Una voz bronca sonó en la penumbra de la cabaña donde Bonder se alojaba durante su estancia en Pacífico:

—¡Arriba, gandul! ¡Ya es hora de que veas salir el sol!

Bonder dormía boca abajo. Dio la vuelta, se sentó en el suelo y contempló un par de piernas como troncos de olivo.

Alzó la vista. Hugo Sorensen, armado con un rifle psiónico, y su segundo Bettare, le contemplaban sonriendo sardónicamente.

—¿Verdad que no nos esperabas, Kerry Bonder? —dijo «El Buitre».

Bonder reaccionó y se puso en pie de un salto. La boca del rifle se apoyó en su pecho.

—Cuidadito, buen mozo —advirtió Sorensen—. Si haces un gesto ofensivo, por pequeño que sea, te destrozaré el sistema nervioso.

—¿Cómo...?

Bonder fue interrumpido en el acto.

—Ya tendremos tiempo de hablar —dijo «El Buitre»—. Jimmy,

¿quieres encargarte de vigilar a este buen mozo?

—Con inmenso placer, capitán —contestó Bettare.

Disponía también de un rifle psiónico. Movió la mano izquierda y señaló la puerta de la cabaña.

—Andando, capitán.

Bonder salió de la cabaña. Las sombras de la noche se alejaban con rapidez.

Amenazados por otros piratas, Tevar y el profesor salían también de su cabaña. Por todas partes se veían hombres armados con fusiles psiónicos.

Sin embargo, los nativos no se habían dejado ver todavía. El silencio era casi absoluto.

Gardenia apareció a poco, empujada por un forajido armado. Los demás tripulantes se concentraron también en aquel lugar.

Bettare parecía dirigir la operación.

—Tienen para rato, amigos —dijo—. Lo mejor será que se sienten en el suelo y que esperen.

Sorensen había desaparecido. Inquieto, miró a todas partes, sin conseguir encontrarle.

Gardenia se había sentado a su lado.

—¿Qué pretenden estos piratas, capitán?

—Es fácil imaginárselo —respondió él.

—¡Van a cometer una matanza!

Bonder hizo un signo negativo.

—En su lugar, yo estaría un poco más tranquilo. Desde luego, no me gusta aquí su presencia. Pueden ponerse nerviosos y...

Gyuna estaba hablando con Bettare a poca distancia.

—Desde luego, la palabra vergüenza no existe para vosotros, ¿verdad?

Bettare sonrió cínicamente.

—¿Quién dijo una vez que el fin justifica los medios? —contestó.

—Debimos haberos enviado un buen torpedo cuando nos seguíais. Ahora tendremos menos quebraderos de cabeza...

—Y quizás algo más —dijo Bettare con torvo acento.

Gardenia se estremeció.

—Van a asesinarnos —murmuró—. ¿Dejaremos que nos degüellen como corderos?

El silencio, salvo los murmullos de prisioneros y captores era casi absoluto. Un círculo de fusiles psiónicos rodeaba a los prisioneros, indistintamente mezclados los de la «Tarry town» con los recién llegados.

Sorensen apareció a poco. Seguido por dos de sus compinches, caminaba a grandes zancadas.

—He intentado buscar al jefe de esta tribu —vociferó—. He hablado con unos cuantos de estos indígenas y ¿qué creéis que me han dicho? No

hay jefe, todos son jefes...

—Bueno, y eso ¿nos importa algo? —le interrumpió Bettare.

Sorensen le dirigió una larga mirada.

—No, claro que no, porque hemos conseguido lo más importante —sonrió con expresión perversa—. Deja aquí a la mitad de los hombres; el resto que se venga conmigo. Para vuestro conocimiento, muchachos —se dirigió a los piratas—, os comunicaré que ya conozco el sitio donde hay tesoros que nos harán multimillonarios. ¡Habrá de sobra para todos, os lo aseguro!

Un aullido de júbilo, emitido por dos docenas de gargantas, coreó las últimas palabras del «Buitre».

CAPÍTULO XV

Las horas pasaban lentamente.

Los nativos no daban señales de vida. Continuaban en sus cabañas.

—¿Por qué no salen? ¿Por qué no nos ayudan? —preguntó Gardenia.

—Tal vez piensan que es un problema entre extraños —contestó Bonder.

—Usted es amigo de Shella. Pídale ayuda...

Bonder señaló los rifles que les apuntaban continuamente.

—¿Cómo? —preguntó—, ¿Me lo permitirían? Y, aunque me dejasen, ¿accedería ella?

—¿No dicen que aquí no se conoce el mal? —dijo Gardenia intencionadamente.

—Entre ellos, recuérdelo.

La joven emitió un profundo suspiro.

—Sí, tiene razón, Kerry.

Bonder la miró con asombro. Ella le había llamado por su nombre. Era la primera vez que lo bacía.

¿Tenía Tevar razón en lo que había dicho referente a los sentimientos de la joven?

Bonder procuró imaginársela con la indumentaria de las nativas. El pelo suelto, una flor en la oreja, aquel sucinto atavío de fibras vegetales... Estaría bellísima, sin duda alguna.

Pero Gardenia no era mujer capaz de acomodarse a la vida sencilla y primitiva de Pacífico. Era inútil hacerse ilusiones.

—No comprendo la pasividad de los nativos —insistió la joven—. ¿A tal extremo llegan en su concepto de la bondad?

—¿No lo está viendo claramente?

Ella meneó la cabeza.

—Kerry, indefectiblemente llegará un día en que progresen. Construirán máquinas y...

—Gardenia, ya las construyeron hace miles de años y esas máquinas, esa civilización que tanto añora usted, tuvo su asiento en Pacífico —manifestó él sorprendentemente—. Pero fue también origen de muchos males y el planeta estuvo a punto de ser destruido. Murieron miles de millones en una guerra como no tiene usted idea. Los supervivientes acordaron para siempre prescindir de todo lo que fuese maquinaria. Se entregaron al desarrollo de la mente, empezaron a vivir con la mayor sencillez posible... y ya conoce usted a sus descendientes y a los resultados de aquella decisión.

Gardenia se quedó muda de asombro.

—¿Es posible? —preguntó.

—Sí. Me lo contó Shella hace años. Yo la creí y la sigo creyendo.

—Estoy aturdida. ¿Cómo es posible que...?

Una atronadora carcajada interrumpió de pronto a la joven.

—¡Mirad, muchachos, mirad! —aulló «El Buitre», irrumpiendo de súbito en el claro. Iba cargado con un pesado saco que otro hombre no habría podido transportar—. Es la riqueza infinita. Oro, vino, mujeres, palacios, joyas... Lo que queráis... y cuando hayáis gastado vuestra parte, no tendremos que hacer sino volver aquí y cargar de nuevo nuestra nave. ¡Mirad, mirad!

Sorensen lanzó su saco al suelo. Luego sacó un cuchillo y cortó la tela de un par de tajos.

Una cascada de luces rojas se derramó inmediatamente por el suelo. Los piratas prorrumpieron en alaridos de júbilo.

Los restantes piratas volvían también, cargados pesadamente. Los sacos chorreaban agua todavía.

—Aprovechemos ahora —susurró Gardenia al oído de Bonder—. Están distraídos, Kerry.

Los piratas parecían haber enloquecido a la vista de aquellas fabulosas riquezas. Había miles y miles de rubíes, el más pequeño de los cuales tenía el tamaño de un puño.

Bonder empezó a pensar en la posibilidad de iniciar un contraataque. Pero, de pronto, se produjo un hondo silencio.

Las voces y las risas de los piratas cesaron casi de repente. Los nativos salían de sus cabañas.

Caminaban con grave expresión, sin gritar, sin hablar, aumentando en número por momentos. Sólo se veían adultos; los niños habían quedado dentro de sus habitáculos.

Sorensen fue el primero en recobrarse.

—¿Qué hacéis, estúpidos? —apostrofó a sus hombres—. ¡Sólo son unos salvajes y están desarmados! ¡Amenazadles con los rifles... y, si se resisten, tirad a matar!

Las uñas de Gardenia se clavaron en la carne del brazo de Bonder.

—Ahora los asesinarán a todos —gimió.

Los fusiles psiónicos se elevaron, apuntando a la masa de indígenas que ya alcanzaba considerables proporciones. De pronto, uno de los rifles cayó al suelo.

—¿Qué haces, estúpido? —aulló «El Buitre»—. Recoge ese rifle inmediatamente. ¿Me has oído?

El hombre permaneció inmóvil. A su lado, otro pirata bajó las manos y dejó caer el arma.

Uno tras otro, los rifles fueron cayendo al suelo. Sorensen parecía loco

de rabia.

—¡Sois idiotas, mil veces idiotas! —vociferó—. Tenéis la riqueza al alcance de vuestras manos y... ¡Yo os demostraré que no hay artes mágicas contra mí!

Alzó su rifle, apuntó y trató de apretar el gatillo.

Una orden misteriosa quitó la fuerza a su dedo índice. La cara de Sorensen tomó una rara expresión.

Como sus hombres, bajó las manos y abrió los dedos. El rifle chocó sordamente contra la hierba.

Bonder se puso en pie. Los piratas parecían convertidos en estatuas vivientes.

El silencio era absoluto. De súbito, una muchacha nativa se destacó de entre la muchedumbre.

—Kerry, ven —dijo Adaia.

Bonder dirigió una mirada a Gardenia. Luego, en medio de la expectación de los prisioneros, que ya habían dejado de serlo, avanzó hacia la nieta de Shella.

* * *

Bonder regresó poco después.

Sus compañeros le rodearon con avidez. Gardenia, Tevar y el profesor figuraban en la primera fila.

—¿Qué le ha dicho, capitán? —preguntó Gardenia ansiosamente.

—Shella me ha hablado en nombre de todos los demás —contestó Bonder—. Se permitirá que Sorensen y los suyos regresen en su nave.

—Y yo me encargaré de ellos apenas tomen tierra en donde haya una agencia de la O.G.I.P. —dijo Tevar.

—Específicamente, no hay delito de que acusarles —dijo Bonder—. Pero eso es cosa suya. Aquí, sin embargo, se ha decretado su castigo.

—¿Es cierto eso? —exclamó Gardenia, vivamente sorprendida.

—Sí, será un castigo *sui géneris*. Recordarán siempre las riquezas que hay en Pacífico, pero, al mismo tiempo, sabrán la imposibilidad de conseguirlas.

—No está mal —aprobó Tevar—. Una especie de suplicio de Tántalo.

—Ellos podrán comer y beber y hacer su vida normal... aunque ya me imagino que usted y sus hombres se encargarán de que esa vida sea muy, muy normal —sonrió Bonder.

—¿Y nosotros? —preguntó Fowliss.

—Hay sitio de sobra en la nave de su hija, profesor. Ah, además, han permitido que el que quiera de nosotros tome un rubí y se lo lleve. Se convertirá en polvo al atravesar la Frontera; de otro modo, no creerían en

ello.

Gyuna hizo un signo negativo.

—Si usted lo dice, ¿para qué molestarme en cargar con algo inútil? —murmuró. Paseó la vista por el contorno y dijo—: Creo que me quedaré aquí, capitán.

—A mí no me agarran más en Pacífico, como no me aten con cadenas —masculló el profesor—. Capitán Bonder, ¿cuándo zarpamos?

—Mañana, después de amanecer —decretó el aludido.

* * *

Kerry Bonder estaba a la orilla del río, contemplando el manso fluir de la corriente.

Por segunda vez iba a abandonar aquel planeta. Le dolía casi tanto como la ocasión anterior.

Pero ahora tenía un motivo para partir. Se llamaba Gardenia.

De pronto, oyó a sus espaldas rumor de blandas pisadas.

Se volvió. Abrió los ojos, asombrado.

Gardenia avanzaba hacia él, sonriendo. Llevaba una flor en la oreja, su pelo caía completamente suelto por la espalda y su esbelto cuerpo quedaba sucintamente cubierto por la breve indumentaria que se usaba en aquel planeta.

—Me quedo, Kerry —anunció ella lacónicamente.

—Pero...

—He hablado con mi padre. No le gusta, pero respeta mi decisión. ¿Cuál es la tuya?

Bonder demoró la respuesta unos segundos.

—¿Estás segura de que quieres quedarte?

Ella hizo un signo afirmativo.

—He hablado con Shella. Ha visto en mí la sinceridad. Me ha aconsejado que me quede.

Bonder cogió la mano de la muchacha.

—¿Sabes cuál es la costumbre de los enamorados en Pacífico? —preguntó, sonriendo alegremente.

—No. Dímelo, Kerry, por favor.

—Cuando un hombre y una mujer se saben enamorados, empiezan a construir su cabaña inmediatamente. La costumbre exige que toda pareja tenga su propia cabaña y que nadie se case sin antes haberla edificado.

Gardenia rió jubilosamente, a la vez que tiraba de él.

—Entonces ¿a qué esperamos, Kerry? ¡Construyamos nuestra cabaña!

FIN